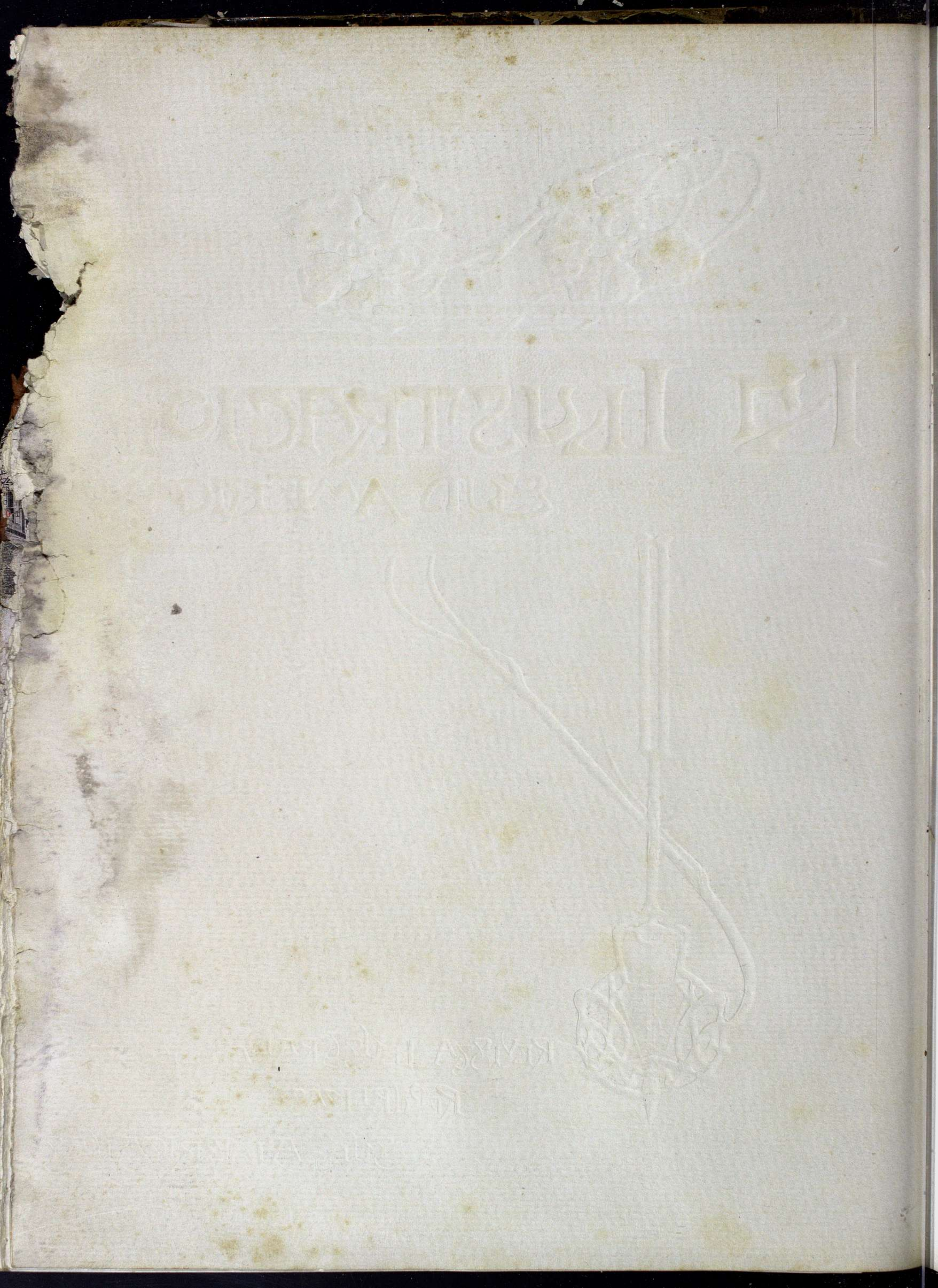


LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

Buenos Aires, 15 de abril de 1906

CORRESPONDANT EXCLUSIF POUR TOUTE LA PUBLICITE
FRANCAISE MR. A. LORETTE, DIRECTEUR DE LA
SOCIÉTÉ MUTUELLE DE PUBLICITÉ. — 61, RUE CAU-
MARTIN PARIS

Dirección y Administración: CALLE CUYO 657



LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XIV.—NÚM. 319

Buenos Aires, 15 de abril de 1906

DIRECTOR-GERENTE
MIGUEL A. PICHOT



ANTE EL HIJO MUERTO
CUADRO DE G. DE KAULBACH

Se me pide un pensamiento para Semana Santa; hèle aquí:
 "Lee y medita, oh Hombre, en el gran Libro del Crucificado; mira su ca-
 beza inclinada para darte el osculo de paz, sus manos y sus pies san-
 grando para lavarte; sus brazos extendidos para estrecharte..."

+ Ant. Arzobispo Sabatucci
 Intermunio Aplico J

Buenos Aires Abril 2. de 1906.

Abril de 1906

La Semana Santa es una de las manifestaciones mas convincentes de la Divinidad de la Santa Iglesia Catolica Apostolica Romana. Cuántas cosas se han cambiado en estos veinte siglos; que era entonces la Europa y que es ahora. Donde estaba la America bien conocia la Oceania. Cuántas monarquias se han derrumbado, cuántas persecuciones han con-
 duido, cuántas heregias han desaparecido, cuántas ciudades se han hundido. Sólo la Semana Santa queda en pie, venerada y amada de los buenos, asombro de los impios, consuelo para los que sufren, admiración aun para los más indiferentes, roca incommovible que desafia todos los cata-
 clismos de la naturaleza, todos los cambios y vaivenes del universo.

+ Mariano Antonio
 Arzobispo de Buenos Aires

SEMANA SANTA



Después del Viernes de Dolores, el Domingo de Ramos: tras los nebulosos días santos que recuerdan el crimen deicida, la Pascua de Resurrección. ¡Pesares y venturas, congojas y alegrías! Esta es la humana vida.

No hay que apesadumbrarse pensando en que el dolor no tendrá fin, ni regocijarse en extremo soñando en no interrumpida felicidad terrena. En el banquete de la vida, dos copas aparecen siempre a nuestro lado; la del placer y la del dolor, con la sola diferencia de que una, la del dolor, está casi siempre llena; y la otra, la del placer, poco menos que vacía. En ésta apenas humedecemos los labios; de aquella solemos beber grandes sorbos.

Mas Dios que aun en sus castigos es misericordioso, ha querido que el licor contenido en la copa de las venturas atrofie nuestra sensibilidad y enerve nuestras fuerzas, y en cambio multiplique nuestras energías y temple el alma el licor contenido en la copa del dolor.

La Semana de Pasión recuerda acerbos dolores: la Resurrección, el grito de júbilo ante el hecho aun no visto por el linaje humano: la vida triunfando de la muerte. Más aunque nuestra razón finita no alcance el porqué de tamaño portento, la fe con sus sonrosados dedos abre los ventanales de la esperanza, y nos permite vislumbrar que allá lejos, muy lejos, donde no alcanzan envidias, ni rencores, odios ni malquerencias, hay un espléndido palacio morada de quienes al peregrinar por la tierra pasaron muchas semanas de dolores confiando en que para ellos llegaría el día de la Resurrección.

J. VARGAS PONTE.



LA SEMANA SANTA EN SAN JUAN



La Semana Santa en San Juan, como en todos los pueblos alejados de esos grandes centros cosmopolitas que se mueven a impulsos del negocio y del interés, conserva un secreto encanto que atrae a los corazones, aun los más indiferentes. ¡Cuántos no son los cristianos que se acuerdan de serlo tan solo en estos días en que una inexplicable tristeza religiosa penetra en sus corazones acompañando las simbólicas ceremonias de la iglesia que nos recuerdan los dolores y la muerte de Jesús! ¡cuántos encuentran en estos días el camino del templo que parecían ignorar en otras épocas del año, y se arrodillan ante el altar para venerar la señal de la redención del mundo, y sienten que de esa fe que recibieron de los labios maternos queda aun una chispa en sus corazones!

La Semana Santa, pues, de San Juan, es la misma de los pueblos del interior; provoca una llamada de fe y devoción, que hace llenar de fieles los templos todos, que hace todavía prorrumpir en ruidosas lágrimas y sollozos, en los pueblos de campaña a las mujeres todas que llenan la iglesia cuando el predicador, en el sermón de agonía del viernes santo, anuncia la muerte del Redentor del mundo; y el efecto en los pueblos de campo es siempre seguro, aunque las palabras del predicador sean más frías que el mármol.

La única especialidad de San Juan, que es propia también de Mendoza, es la preparación a la Semana Santa, que se llama devoción de las siete caídas. Son siete días dedicados a conmemorar las siete veces que Nuestro Señor Jesucristo cayó en el camino de su pasión desde el huerto de los olivos, hasta la cumbre del Calvario, según lo dice una tradición que a estas provincias de Cuyo ha venido de Chile, y que por más piadosa que sea, sería muy difícil sostener razonablemente, pues no veo de donde pueda deducirse que fueron precisamente siete, ni más, ni menos las veces que cayó Nuestro Señor.

Es esta una devoción, que a pesar de estar compuesta por oraciones y consideraciones que literariamente son unos verdaderos mamarrachos, tiene, sin embargo, un gran atractivo para el pueblo, que desde el miércoles de la semana de pasión llena completamente el templo parroquial de La Merced que tiene dimensiones más que regulares.

Deben contribuir sin duda a formarse ese atractivo que siente el pueblo por la devoción de las siete caídas, las predicaciones diarias que forman parte del acto religioso y que por regla general suelen ser excelentes; siendo ellas una muestra de que no es infundado el prestigio de que goza San Juan de poseer buenos oradores sagrados; prestigio que se ha fortalecido y aumentado con el nombre del Obispo de la Diócesis Monseñor Benavente.

Para Mendoza la devoción de las siete caídas tiene un recuerdo doloroso: en uno de los días de las siete caídas del año 1861 cuando los templos rebosaban de fieles, un espantoso terremoto sepultó en las ruinas de la ciudad a la inmensa mayoría de sus habitantes.

ISIDRO FERNÁNDEZ.



LA SEMANA SANTA EN BUENOS AIRES

(Especial para LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)



En todas las partes del mundo hay una fuerza mística que domina y subyuga a las almas cuando las tintas del Gólgota asoman dibujando los contornos del Mártir.

Los días de Semana Santa son de silencio, de conversación con el espíritu, de cohabitación con los dolores. Cuanto más viva es la civilización, más desarrollada la potencialidad de las instituciones; estos cuadros de fe se agigantan, se magnifican para dulce y salvadora satisfacción de las gentes. No queremos en este caso seguir todos los pasos del mundo, la marcha ascendente hacia el Calvario en que se expanden y desarrollan todas las ciudades de la tierra. Lo sabemos; desde Washington hasta San Petersburgo, desde Jerusalén hasta Roma, desde Constantinopla hasta París, la fe es una, una la cruz que modela las razas, y una también la sangre en que se liquidan todas las plegarias.

Ahora es Buenos Aires, la Atenas del Plata, la cima civilizadora de América, la que surge ante nuestra vista y se acerca a nuestra pluma para decirnos lo que siente, lo que ve con su pupila intensa en la tragedia del Verbo.

Si, Buenos Aires es una ciudad apasionada por los santos recuerdos, por los llantos de Getsemani, por los martirios del Gólgota.

En el alma porteña esto es una tonalidad, un rasgo de nobleza que dignifica los actos de su devoción y las efusiones de sus plegarias.

El desborde de estos sentimientos lo refleja la multitud. Ahí está; su paso es tranquilo, recorre las avenidas y las plazas, cruza los atrios, penetra en los vestíbulos y como las legiones hebreas que capitaneaban los profetas en el templo, se desploma, cae de rodillas y adora a Jesús, el engendrador de los mártires.

El ambiente, la atmósfera moral que por doquiera se respira, nos dice a tristeza.

La madre que ora en el hogar, el niño que se silencia en las aulas, el capitalista que se paraliza en sus negocios, la doncella que se aísla de sus diversiones y hasta la bandera de la patria que flamea a luto, todo, como un llanto insondable, acusa

la compunción de los espíritus, el recogimiento de los mismos ante las sombras de la tragedia divina.

No obstante el cosmopolitismo que nos domina, la fe cristiana de nuestros padres no ha muerto.

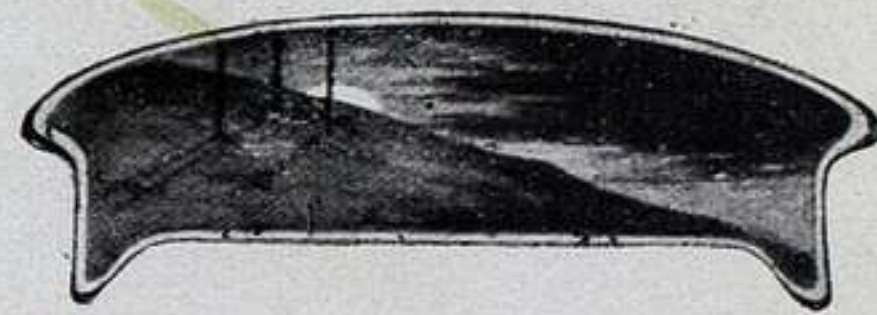
Para dicha de nuestros hogares, lo sustancial en la fe, ha resistido a la invasión modernista de costumbres, de usos, de tonalidades, que importadas de allende los mares, cayeron como aluvión sobre el ambiente moral de nuestras almas. Es cierto, las procesiones de otros días, los vía-crucis rezados en público, como los medioevales los rezaban en las encrucijadas del camino, la sencillez en los trajes, y hasta la medida en los modales, en gran parte han desaparecido, han entrado a los archivos del recuerdo.

Pero, a pesar de estas mutaciones, la civilización materialista no ha podido barrer con la fe; con la veneración a los misterios, que son alimento para las entrañas del alma.

Cualesquiera que sean en el porvenir las vicisitudes políticas de la gran metrópoli, no obstante el silvar estridente de sus progresos, siempre por sobre sus capitolios, por sobre sus fábricas, por sobre sus tribunas, se levantará su fe, su amor secular en la imagen divina del Cristo.

El tiempo, el progreso evolutivo, la acción desmenuzante de las sociedades, puede borrar las formas, los relieves superficiales de las mismas; pero no puede nada, muere en su propia impotencia, cuando su mano intenta arrancar lo que se arraiga en las entrañas del sentimiento. Allí, en su fondo, hay una semilla que perdura, un tallo que siempre reverdece, y éste como aquélla, con su vigor, son garantía de la inmortalidad que perdura, de la fe que por horizontes sin término, se expande y se dilata. El Calvario, para Buenos Aires, formará siempre la fuente eterna de su progreso. Para buscarle sale a las calles, se derrama en las avenidas y lo saluda con sus lágrimas entre las brumas del Viernes Santo.

FRAY PACÍFICO OTERO.



LA SEMANA SANTA EN EL PARANÁ



El indiferentismo religioso es una de las profundas heridas de la raza latina y el sexo barbudo se envanece de ello.

Pero es un envanecimiento que nace de su propio orgullo, semejante al enfermo que da sus primeros pasos vacilantes, tambaleándose como un ebrio.

El indiferentismo religioso es una enfermedad, la enfermedad moral del siglo, que cree en sí mismo, más que en Dios.

No es oportuno estudiar aquí las causas del mal, pero no está demás decir, que entre nosotros el mal se debe a la ignorancia, al poco lastre científico y crítico de los que se burlan de lo sobrenatural, creyendo que basta una lectura superficial de Renan y de Strauss, los dos enemigos de toda religión positiva, para tirar las andaderas, y caminar con paso firme en una cuestión, que ha ocupado a los sabios de veinte siglos en desentrañarla, y cuya solución depende del abrazo íntimo de la razón y de la fe.

No es extraño, pues, que al aproximarse la Semana Santa, el elemento indiferente y volteriano, a quien satisface más el problema del estómago que el de la muerte de Cristo, abandone la ciudad y vaya a espaciarse el ánimo en las holganzas y estruendos de la caza, que abunda por estos alrededores, considerando el gran problema de la vida como secundario, é indigno de dedicarle un cuartito de hora de meditación.

Unos se dirigen a las campiñas cuyos lomares y hondonadas abundan en palomas de ceniciento plumaje, en perdices de apetitosa carne, en becasinas que se levantan de los bañados como flechas, sacuden en el aire sus alas y colas nerviosas, se pre-

cipitan en raudos y vertiginosos giros y al fin vuelven a caer blandamente a poca distancia del cazador.

Otros, cómodamente reclinados en los asientos almohadillados del tren, van en busca de sus magníficas casas de campo, desde donde se distinguen las aguas del Paraná que se pierde en el horizonte lejano en amplios culebros, y pasan los días santos en el ocio del cuerpo y del alma.

La mujer en cambio medita en la muerte del Cristo y su corazón sensible, como la cuerda de un arco de violín, hecho para todas las angustias y los dolores, siente las congojas de aquella muerte gloriosa.

Sobrada razón tiene para ello, al recordar que Cristo la salvó de la ignominia de los ergástulos y de los lupanares, para hacerla señora del mundo.

Según las Doce Tablas, la patria potestad hacía y deshacía los matrimonios; podía vender y dar muerte a sus hijos, cuando no tuviese como alimentarlos, hasta que Constantino lo prohibió para siempre, pregonándolo en grandes tablas de bronce, haciéndolos, alimentar a costa del tesoro.

La mujer comprende la diferencia de ambas épocas, la de hogaño del reinado de Cristo y la de antaño, del reinado del vicio, de la que dijo Juvenal que todo el hierro de los arados y de las espadas habíase convertido en cadenas, para castigar a los malvados.

Por eso la mujer ama la religión, porque sus destinos se confunden; y desgraciados el día que la mujer odie a la religión; volverá el reinado de las Mesalinas y Agripinas.

La religión es el alma de la mujer y está influenciada por aquella; conviértese en el ornamento de las iglesias, lámpara de los hogares cristianos, lirio de los claustros, escudo de los débiles y desamparados y salvaguardia de la tradición y de la sociedad.

La mujer, pues, arrebolada en sus negros mantos acude a los templos en los días santos, llena el alma de los santos misterios que van a conmemorarse en esos días de luto para todo corazón cristiano, y se derrama por las calles en grandes oleadas, camino de las iglesias, a visitar los monumentos que parecen otras tantas ascuas de fuego, que envuelven en su lumbre la urna donde descansa el Santo de los Santos.

Los mataderos han suspendido sus faenas, los cafés y teatros han cerrado sus puertas, las bandas de música ejecutan en las plazas marchas fúnebres, un ambiente de tristeza lo envuelve todo, porque el acontecimiento del día lo llena todo, el templo, la plaza, el hogar, las calles, el alma de los habitantes del Paraná.

Han enmudecido las lenguas de bronce de las campanas en lo alto de las torres, los órganos han callado sus trompetas y acompañados sones, los predicadores han anunciado la muerte del que se encarnó en las entrañas de una Virgen para salvarnos, y la ciudad duerme en el silencio de la noche.

Al día siguiente, sábado de Resurrección, se anuncia la buena nueva entre el clamoreo de las campanas, el bullicio de las gentes, los estruendos de todas clases, armas que se disparan en toda la ciudad, y en verdad que aquel bullicio alegre nos recuerda el triunfo del Cristo sobre la muerte.

Todo vuelve a su habitual movimiento, el comercio abre sus puertas, la ciudad sonríe y todos emprenden de nuevo la ruda tarea del trabajo y del tráfago de la vida.

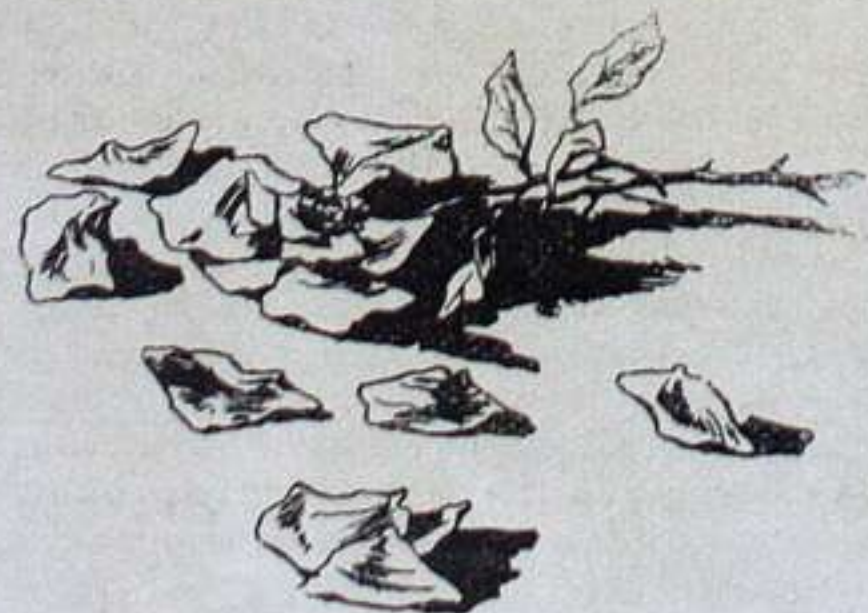
Sin embargo Cristo está adormecido en muchas almas, como en los tiempos en que posó sus plantas sobre la tierra, cuando curaba a los enfermos y resucitaba a los muertos, con su sombra ó con el contacto de la fimbria de sus vestiduras.

El hombre de nuestros días solo acepta como verdad los hechos que puede pesar en su balanza y se olvida de que Cristo es el único hecho que llena la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos, y que desde la cruz ha reinado y reinará en el corazón humano.

Y porque este olvido tiende a acentuarse más y más cada día, son muchos los que caminan entre tinieblas, y van los pueblos de tumbo en tumbo sin norte que les guíe ni faro que los alumbré.

S. ECHEGARAY.

Paraná, abril de 1906.



LA SEMANA SANTA EN SALTA



IGUIENDO una antigua costumbre, los oficios religiosos de Semana Santa empiezan muy temprano. Las mañanas son brumosas, y de lo alto del San Bernardo sopla un viente frío y penetrante.

Allá va un grupo de devotas. Envueltas en sus mantos de merino, y devocionario en mano, oyen con alegría el repiqueteo de las campanas en los monasterios y colegios de religiosas, cuyas iglesias son las primeras en abrir sus puertas.

Las ceremonias de la mañana son poco concurridas; y, hasta el Jueves Santo por la tarde, no se nota movimiento extraordinario en la ciudad.

Las visitas a los sagrarios, ó a los monumentos, como aquí se llaman, despiertan el entusiasmo popular: cual sea el mejor visto de día ó de noche, es asunto de consultas y disputas. Las iglesias de la Candelaria y de la Merced son las que presentan mejor aspecto y arreglo más esmerado. Hace tiempo, un celoso párroco de la Candelaria, que se esforzaba cada año en presentar alguna novedad, consiguió un Jueves Santo ofrecer a los devotos

algo extraordinario. El ábside de la iglesia, en donde está colocado el altar mayor, se había convertido en un crepúsculo suave y atrayente, con resplandores de un sol que muere; transparentes gasas desprendidas desde la bóveda, formando un inmenso abanico, se reunían en un círculo brillante donde se había depositado la Sagrada Forma; la acertada combinación de cirios, velas de estearina, luces de aceite y focos eléctricos imitaban las variedades de la tarde, ya ocultas entre blancos crepones: ya reflejadas en inmensas lunas de espejos con marcos de plata; rubias cabecitas de ángeles revoloteaban entre aquel delicado ambiente con perfumes de nardos y jazmines, y preservado de la luz del día por visillos rojos que cubrían los cristales de las ventanas. Por la noche aumentó el mérito del novedoso monumento, de tal suerte que las personas que visitaban la iglesia, no podían menos de exclamar:

—¡Qué precioso! ¿Ha visto V. otro semejante? ¡Qué cielo! ¡Nuestro cura es un santo!

Preguntado el párroco de cómo había tenido idea tan peregrina, contestaba:

—No es idea mía. Anoche tuve un sueño, y vi la gloria celestial puertas abiertas.... Algo he podido imitar en la iglesia.

Pero aquel mismo jueves, el párroco de la Merced sorprendió a su feligresía con un monumento lleno de ángeles, desde los de elevada estatura y porte marcial, como los que visitaron al patriarca Abraham, hasta los pequeños y regordetes, como el que atravesó el corazón de Santa Teresa. La iluminación era profusa y espléndida: desde la calle parecía una hoguera encendida, un horno inmenso lleno de espectadores impasibles contemplando en éxtasis el Sacramento escondido.

Y aquel año hubo que convenir en que si uno de los párrocos había visto abierto el mismísimo cielo, el otro había tenido las visiones de Fra Angélico de Fiérole.

La ornamentación de las otras iglesias no ofrece nada de particular, y menos la Catedral siendo como es la mejor y más amplia, y prestándose para un arreglo muy lucido. El segundo día de la semana se presenta un viejo de cara irsuta y levita descolorida, coloca tres tarimas en forma de gradas, las cubre con géneros blancos, las llena de candeleros y flores artificiales, asienta una urna de madera dorada, y viendo terminado su trabajo lo contempla con embeleso. Desde hace tres años ha suprimido unos moños de tarlatán verde y colorado que ponía a la entrada de la capilla del Señor del Milagro—en donde se arregla el monumento—favor que le han agradecido las personas de buen gusto.

El Viernes Santo a la una de la tarde se predica el sermón de agonía el que, alternando con cánticos y lecturas piadosas, dura hasta las tres. A veces se hace gala de música clásica, y la orquesta toca trozos de Hermann, Rossini y Pergolesi.

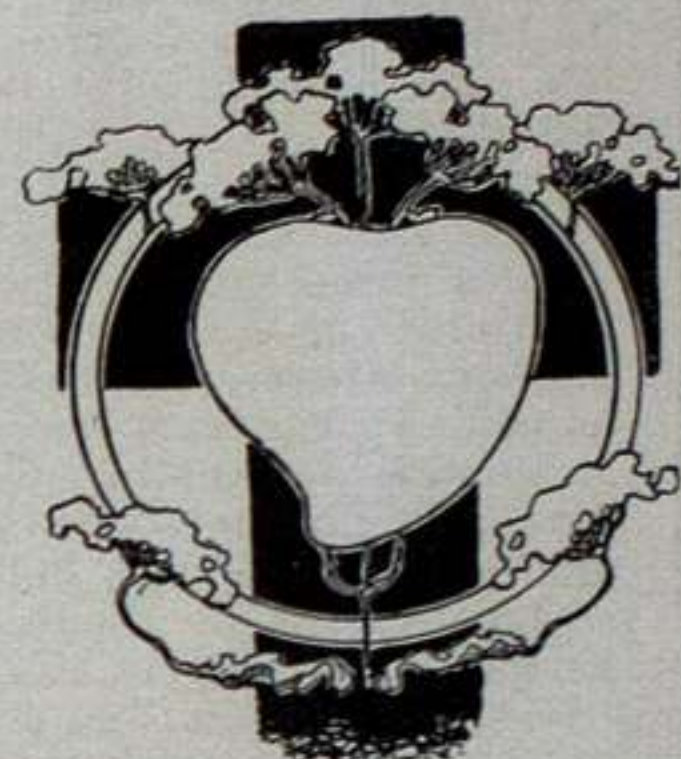
Pero donde se deja sentir el espíritu de fe y de piedad en toda su sencillez y fervor, es en la procesión que se celebra esa misma noche, conduciendo la imagen de Cristo depositada en el sepulcro. Como si se hubieran dado cita, los campesinos de los alrededores y la gran mayoría del pueblo acuden a los atrios de la Merced y de la Viña, como llaman a la Iglesia de la Candelaria, y esperan ansiosos la salida de la procesión. Cuando ven apa-

recer el sepulcro, se postran de rodillas, se santiguan apresuradamente y encienden sus velas, pues cada devoto no se contenta con una, sino que desearía tener una en cada dedo, si fuese posible. Siguen el trayecto de la procesión con piadoso recogimiento, y a veces chocan los acordes de las bandas militares que la acompañan, pues parece que turban aquel místico silencio que sólo debía ser interrumpido por el clamor de aquellos corazones que dirigen todos sus deseos y miradas a la urna santa, con aquella fe entusiasta de los hijos de Abraham al contemplar al Salvador del mundo el día de su entrada en Jerusalén, y que sólo les falta exclamar como ellos: *Jesús Hijo de David, Rey de Israel, ten piedad de nosotros.*

Al presenciar estas manifestaciones de fe, el corazón cristiano cobra alientos, y se recuerda con entusiasmo aquella canción que uno de nuestros devotos hace terminar así:

«la fe de Salta
no morirá».

JULIO CAMPERO.



CÓRDOBA EN SEMANA SANTA

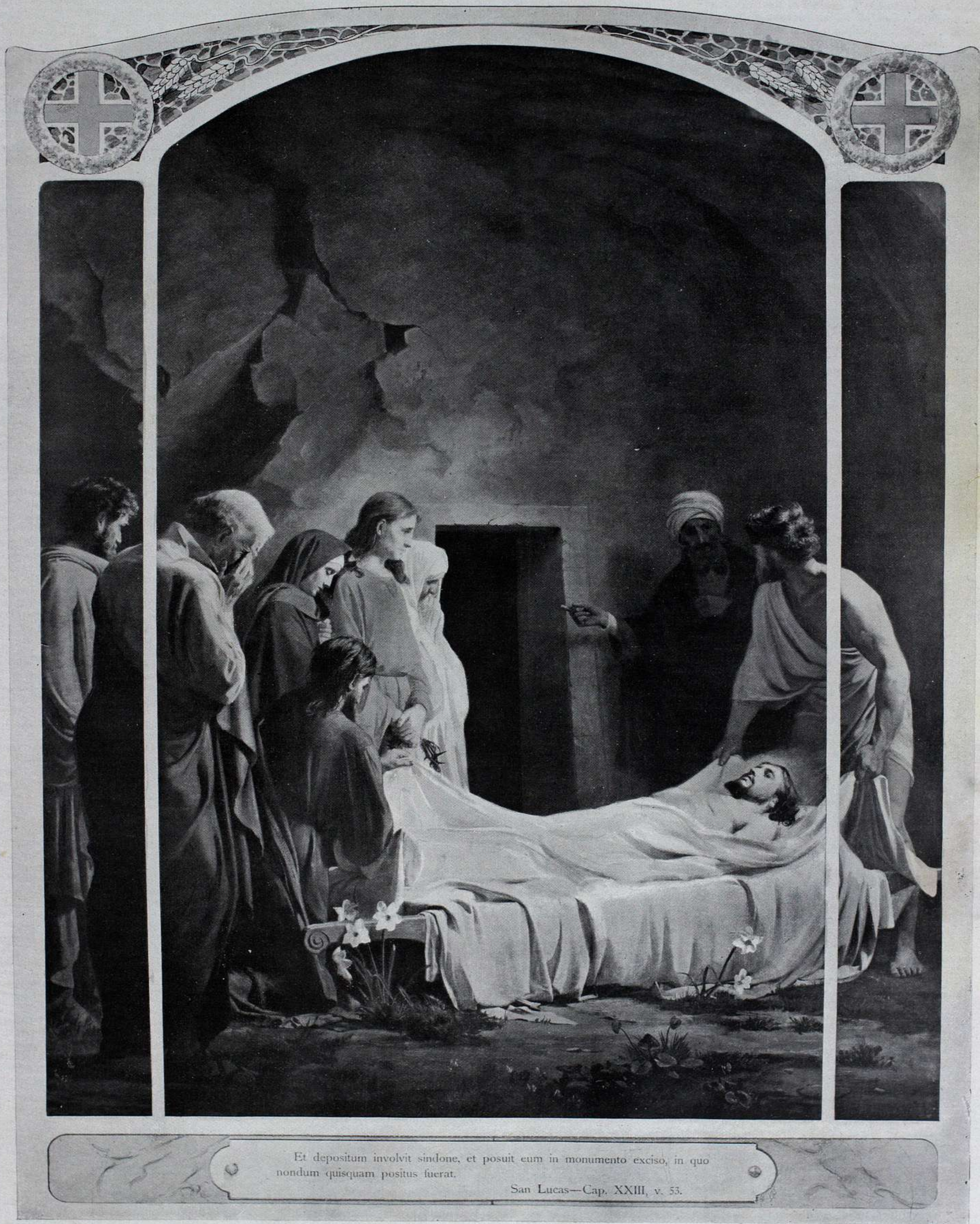


UÁNTOS escritores han entonado sus loas a la ciudad histórica, a la ciudad mediterránea, que orgullosa de su tradición, aún pretende ser la excelsa emperatriz coronada con los trajes de su intelectualidad; todos a porfía, le han reconocido, lo que corre en los libros, lo que la fama ha hecho circular por sus dominios, lo que la crítica filosófica ha ahondado con su escabelo, y lo que todos sabemos: que

Córdoba, sino lo es ya, fué por lo menos, una ciudad religiosa, cuyos habitantes al tenor de aquellos caballeros de las cruzadas medioevales con el yelmo calzado, la doble armadura de acero cubriendo sus pechos y la espada al cinto, contaban sus días por las victorias de su fe apostólica. No pretendo señalar el hecho de defeciones sufridas en el terreno de la práctica, por el auge que han ido tomando ideas subversivas de aquel *modus vivendi* de otras épocas, y solo me referiré en estas líneas, al tema de estos días: los sagrados oficios de Semana Santa en Córdoba la docta, en Córdoba la pia.

Fuera injusticia declarar aquí, que todo lo ha arrasado el aluvión modernista con su empuje formidable que ha llegado a la escuela y al hogar, donde prácticas enervantes del principio de autoridad y de la magestad del aula han reemplazado al excelso espíritu antiguo; porque apesar de la *debacle* y de los nuevos rumbos que se imprimen a la educación y de las costumbres que se involucran en el cuerpo social, subsiste un algo que dibuja en lontananza la perspectiva, la sombra vaga de la vida que llevaron nuestros mayores, bajo el limpio cielo de la ciudad de Cabrera, en este valle indiano que se sacudiera en otra hora con extrañas vibraciones de armonía

al golpe de la vara de los conquistadores españoles, al eco de la predicación de los misioneros al grito jubilar de las ignacianas en su célebre universidad, al estampido del cañón de Mayo, al furor de las turbas en el eclipse de la tiranía, al amago de pasiones desbordando de su lecho de ignominia, y que en la hora presente, siente como la nostalgia suprema de los destinos errados, de la órbita luminosa abandonada.



Et depositum involvit sindone, et posuit eum in monumento exciso, in quo
nondum quisquam positus fuerat.

San Lucas—Cap. XXIII, v. 53.

ENTIERRO DE CRISTO

Contentémosnos con saber, que para estos días santos, viste su Catedral con la pompa y el lujo de las reales ceremonias, para saludar con un estallido comprimido y explosivo de infinitas e intraducibles emociones, las escenas de la pasión de Cristo. Asiste Córdoba a ellas en cuerpo y alma, con su pueblo y su aristocracia, con sus doncellas ruborosas y su juventud masculina, pretendiendo seguir la huella trazada por varias generaciones, volcando el alma colectiva en las ánforas de los santuarios cerca de la piedra de los sacrificios, con un temblor de ansias inmortales, que remeda la cintilación de millares de corazones, tejiendo áurea corona al mártir sacrificado por la salud del linaje humano. Es este un holocausto de sublime grandeza moral que galvaniza la fe muerta, que pone de manifiesto la vitalidad de la institución a cuya benéfica sombra sobrevive el espíritu religioso y espacia su vuelo la paloma mensajera, llevando la noticia de la pacificación universal entre los hombres. Es aquel un acto de incomparable sugestión cuyo simbolismo, encarna por así decirlo la última y suprema aspiración del alma hastiada de los falsos endiosamientos y harta de una saturación de anhelos, superiores a las terrenales satisfacciones.

Estamos, pues, en Semana Santa. Los templos y las calles rebalsan de multitudes, cuyo grave aspecto de místicas caravanas, impresiona al forastero y confirma en sus creencias al habitante de la docta capital. El ambiente se impregna de aquella melancolía que precede a las grandes desgracias nacionales, y por doquiera sorprende el espíritu con la vista de espectáculos emocionantes. Raya el alba del jueves. Todo el mundo se lanza vestido de negro a la calle, y a las pocas horas circulan por las adyacencias de los templos, cofradías con sus estandartes bordados en oro de alto relieve, asociaciones de uno y otro sexo con sus escarapelas y distintivos al pecho y gente suelta desparrramada como la mostacilla corriendo todos a cumplir con el precepto de comulgar por Pascua florida. La catedral los recibe a todos con sus tres naves abiertas de par en par y con su espacioso peristilo resguardado por antigua reja colonial ni más ni menos que como una vieja abuela que abriera vehementemente los brazos para estrechar contra ellos a sus hijos.

Adentro, en el interior del regio santuario pavimentado de mosaico, estucado con frescos y bajos relieves de mártires y evangelistas, se escurre el hálito de la fe entre las moradas colgaduras que velan los altares en la apoteosis del duelo más universal.

A la vislumbre que penetra clandestinamente por los intersticios de las ojivas y ventanas de la media naranja, se iriza la cristalería de las arañas y reverbera la plata bruñida del magnífico tabernáculo. El entrar y salir de la concurrencia para desembocar a una plaza que guarda tesoros de antigüedad en medio de su furor modernista, va remediando el acompasado traqueteo de un ejército. Es imponente este despliegue de fuerzas activas y conscientes de la sociedad, mezcladas al pueblo ignorante, cuya trayectoria, es siempre la misma de todos los años: del hogar al templo. Córdoba entera está presente a estos actos, y cuando llega la hora de los oficios, nadie se queda en casa. La matrona de campanillas, de gran *paquetería*, tal vez estrenando algún traje de gró negro, cruzado de pasamanería de azabache; el famoso doctor de marras con su levita histórica y su sombrero de felpa recién peinado; la joven hermosa con las galas de sus primaveras y el muchacho entrometido y tenorio con su acicalamiento de vistoso figurín aportan, al conjunto heterogéneo elementos de primera fila. Luego no más se absorbe una atmósfera saturada de extractos olorosos, y tanto en el despliegue de las miradas, escudriñadoras y traviesas como en la coquetería de los movimientos, en el abanico incesante y el crujir de la seda y el raso está leyendo cualquier observador uno de los primeros capítulos de la frivolidad femenina.

Ha transcurrido el jueves con la pompa de su fiesta simbólica en conmemoración de uno de los misterios más grandes del catolicismo, y al toque de agonía el espíritu se sacude con un extraño estremecimiento de dolor, para decirnos que acaba de morir el Justo.

Es digno en esta ocasión pasar la vista por el espectáculo que se desarrolla con increíble crecimiento de la fe, cuando los predicadores dan al pueblo este anuncio grave: ¡Cristo ha muerto! Desde este momento la histórica Córdoba se retira de los templos al templo mayor, y en la Catedral penetra como una falange a besar la Sábana Santa. De allí sale de nuevo a la calle y se desbanda en todas direcciones a esperar la ceremonia del Descendimiento de la Cruz que celebran los franciscanos en el vasto pretil de su iglesia. Aquí tienen lugar escenas tiernas y candorosas, cuyo protagonista es siempre el pueblo sencillo. Escúchase primero en el silencio más imponente la palabra del orador religioso al pie del Santa Sepulcro.

Amanece por fin el día sábado y una alegría de niño se dibuja en los semblantes. La Catedral con su Obispo a su frente, en el espacioso presbiterio, rodeado de canónigos, acólitos y levitas, en un inusitado movimiento de estolas, atriles, ciriales, incensarios, báculo, y todos los accesorios del ce-

remonial litúrgico, atraen las miradas de una concurrencia enorme, plétórica de galas, que se está retratando en los limpios mármoles de las ciclopeas pilastras. Es una mañana de abril, con rosas abiertas en los jardines, blancas nubes en el cielo azul y un entorchamiento regio de fiesta patria por toda la ciudad. Abiertas al público las puertas del comercio, reanudado el tráfico en las calles, vuelta a los semblantes la paz, es sencillamente un día de júbilo. Al fin, revestido de gran pontifical, sube a las gradas del altar aquel Obispo manso y humilde y, anuncia al pueblo la Resurrección. Las campanas se echan a vuelo con un entusiasmo crepitante, los chiquillos agitan frenéticamente sendas campanillas de plata; se ha descornado el velo del templo, y una profusa iluminación inunda el recinto de armonías. Afuera retumban las descargas, y las dianas populares llenan el espacio con el eco de sus triunfos.

Así ha conmemorado Córdoba los días de Semana Santa, y después de esto se entregan de nuevo al *firt* nuestras niñas, a la Universidad se dirigen los jóvenes, al Club los aficionados al confort y quienes más, quienes menos, a hacer por la vida.

JUAN JOSÉ VÉLEZ.

Córdoba, abril de 1906.



LA SEMANA SANTA EN SANTIAGO



HERMOSO día aquel!

El cielo estaba harto de luz y la tierra esplendía en su exuberancia vegetal, al ósculo delicado de las brisas puras.

El magno espejo del Dulce quebraba en la tersura de su lámina los ígneos rayos del sol y la verde sombra de los mistolares, balanceándose ledamente, ensaya un fleco de puntos corallinos en el incesante gotear de su frutilla roja.

De pie sobre la duna arenosa de la ribera, con los brazos abiertos en actitud de abarcar el agreste panorama de la edificación tímida, que comenzaba a constelar de oleas grises el manto de la naturaleza salvaje y abandonada, un fraile franciscano lanzó el soplo de la fe católica sobre el conjunto informe de la ciudad de Aguirre.

Los hombres y las cosas sintieron el más vivo espasmo de júbilo; los pájaros cortaron el aire en todas direcciones volteando el reguero perlado de sus trinos; las flores brindaron sonrisas en la irradiación exquisita de sus perfumes; las aguas murmurantes preludiaron un himno de gratitud y de amor: ¡*Laus Deo!*

Y fué un día de luz, es decir, de VERDAD. La claridad más intensa reinaba por todas partes, inundando las inteligencias para limpiarlas de obscuridades tenebrosas, de errores y supersticiones, a fin de que así pudieran conocer a Quien se define consigo mismo: «Yo soy el que soy», lo mismo que la verdad.

Y que también un día de brisas puras, es decir, de VIDA. Oxígeno incontaminado, sin mezcla de emanaciones malsanas, generador de la sangre roja que alimenta el organismo humano, roja como el amor encendido, amor omnipotente, «más fuerte que la muerte».

Admirable sinfonía del aire y de la luz, cuyas vibraciones y matices formaban con las cambiantes del iris aureola diáfana a la silueta de San Francisco Solano, erguida sobre la duna arenosa de la ribera para señalar a la sociedad naciente el CAMINO de su grandeza!

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» decía el Cristo, y bajo los auspicios de esa fórmula salvadora Santiago del Estero surgió en estas regiones antes que ninguna otra de las ciudades argentinas.

En los días de la conquista española, abrió su seno maternal para volcar sobre las heridas de la lucha sangrienta contra el salvaje el bálsamo consolador de la predicación evangélica. De aquí par-

tieron a todos rumbos, desplegándose en abanico triunfal, los heraldos de la concordia y de la paz.

Señora del Tucumán, contempló desde su trono el despertar sucesivo de las tribus indígenas y recibió todos los homenajes debidos a su rango. La mitra de los obispos, la toga de los magistrados, la librea de los guerreros brillaron en la solemnidad de sus pascuas, bajo las bóvedas de su vetusta catedral, mientras afuera, en el campo abierto, la mies reverberaba cual si fuera aureo metal dispersado por la mano de un coloso, y más acá la escuela de primeras letras llamaba a su seno al hijo del esclavo, pues no se echó en olvido que las alas de los espíritus están en las páginas de los libros, según la expresión de Hugo.

Tres siglos y medio ennegrecieron las almenas de su estructura colonial; pero ni las vicisitudes ni las calamidades, ni las luchas, ni la decadencia, ni la vorágine de positivismo que avanza, consiguieron lesionar el tesoro de su fe.

«Yo el Camino, la Verdad y la Vida». Los auspicios de la fórmula salvadora no han faltado desde aquel día hermoso, en que el cielo estaba harto de luz y la tierra esplendía en su exuberancia vegetal, al ósculo delicado de las brisas puras.

Santiago es creyente y qué época mejor para demostrar su fe que aquella consagrada por la iglesia al recuerdo de la pasión y muerte del Salvador?

Contemplando a Santiago en la semana santa, se descubre sin esfuerzo que las procesiones constituyen la manifestación más característica de su fe.

Desde el domingo de Ramos al domingo de Pascua, cada templo de la ciudad tiene un día fijado para sacar su respectiva procesión y el pueblo que se sabe los turnos de memoria acude presuroso el lunes a San Francisco, el martes a la Matriz, el miércoles a Santo Domingo, el viernes a la Merced,....

Una procesión descuella sin embargo. Esboce-mosla.

Las primeras sombras del miércoles santo prestan su fondo obscuro para hacer resaltar mejor los contornos de un cuadro patético y sugerente que se exhibe en el atrio del templo dominicano. La antiquísima efigie del Nazareno, conocida vulgarmente con el nombre de *Amo Jesús* llama a la contemplación de sus dolores desde un trono improvisado bajo la techumbre del cielo azul; a su lado María, con la angustia pintada en el rostro virginal; más allá el evangelista San Juan y finalmente la Verónica ostentando sobre el lienzo inmaculado de su toca la dádiva preciosa de la faz ensangrentada del Mártir.

El *Amo* camina bajo pálido; no quiere el pueblo que el rocío de la noche cuaje en la sedosa mañana de sus cabellos; es una nueva eucaristía con la carne que palpita y la sangre que chorrea. Su pupila húmeda, nublada por el polvo y por las lágrimas no se desvía un instante de las humildes mujeres que le ofrendan plegarias en la espiral del sahumero de sus tacitas de loza.

La procesión avanza. De lejos la luz de los faroles semeja un ejército de luciérnagas marchando en dos alas. Las emanaciones místicas han saturado el ambiente de toda la ciudad y hasta los barrios más apartados llega el eco rumoroso de los cánticos.

En algunas calles, la caña hueca alinea sus tallos a los bordes de la calzada, formando legiones de honor que rinden la espada de sus hojas de esmeralda al paso del cortejo. El *Amo* llega a uno de los descansos que se le ha preparado, se detiene, y su rostro lívido parece animarse con la explosión de perfumes de albahaca y chisporroteo de cirios que estalla ante su imagen, junto a los balcones abiertos para derramar bocanadas de luz sobre la aglomeración inquieta.

Y el *Amo* sigue su jornada, atraviesa los barrios principales de la ciudad sobre el murmullo de las oraciones fervientes, como en otro tiempo sobre el murmullo de las aguas del lago de Tiberiades.

¿Qué *Amo* es este que así concita las voluntades y arrastra las muchedumbres en pleno reinado de la libertad, al alborar del siglo XX?

Es el autor de la fórmula salvadora, Cristo, encarnación del «Camino, la Verdad y la Vida».

¡No han faltado sus auspicios un solo instante, desde aquel día hermoso en que el cielo estaba harto de luz y la tierra esplendía en su exuberancia vegetal, al ósculo delicado de las brisas puras!

LUIS BRAVO Y TABOADA.

Santiago, 2 de abril de 1906.





CATEDRAL DE BUENOS AIRES



CATEDRAL DE LA PLATA



CATEDRAL DE CORDOBA



CATEDRAL DE CORRIENTES



IGLESIA MATRIZ DE MENDOZA



CATEDRAL DEL PARANA



CATEDRAL DE SALTA

NUESTROS PAISANOS EN VIERNES SANTO



OCADO por los sentimientos de admiración y temor que en la niñez despiertan las cosas grandes, llegaba en otros años ante el Calvario levantado en medio de la Iglesia Matriz por manos toscas, á veces, pero siempre imponente.

Construíase un verdadero monte de sauces llorones, propios quizá para colocarlos allí, ante tanto dolor; albahacas y virreinas florecían entre el follaje, mezcladas con *amaranthus* y aromas, y coronándolo todo se erguía la cruz con el Salvador del Mundo, tan natural que nunca pude mirarle con fijeza. Los dos ladrones atraían siempre las miradas por la expresión de calma de aquel á quien Jesucristo dijera: «hoy estarás conmigo en el Paraíso» y la feroz gesticulación del otro, rojo el cuerpo, los ojos fuera de las órbitas y las manos crispadas, como una visión diabólica: era el temor y la atracción de todos los niños.

Allí permanecían horas enteras, como arrancados del mundo, ante esa evangélica representación, grandes y chicos, hombres sencillos llenos de fe y criaturas angelicales temblando como las hojas de un árbol que recibe un choque en el tronco.

Pocas veces han florecido las albahacas y las virreinas desde entonces, y sin embargo aquel monumento que admiraba en la niñez, no se levanta ya con la pompa de otros años. Los sauces no lloran en el templo; las ramas de los laureles no se baten sobre la cruz; los ladrones han desaparecido y tan sólo mustios helechos doblan sus frondas á los pies de Cristo. Y aquellos ruidos formidables hechos en el templo para parodiar los estremecimientos sísmicos de la tierra en las horas amargas en que se consumó la Redención, no volverán á repercutir en nuestra Iglesia Matriz. Tan sólo el recuerdo quedará de esas horas tanto más queridas cuanto más antiguas.

Nuestros paisanos de poncho y *hajotas*, de mirada tímida y melena enmarañada que rara vez bajan á la ciudad de sus ranchos—como nidos de águilas escondidos entre las cumbres—vienen disminuyendo, de año en año, en la procesión del Santo Sepulcro; y eso que la asistencia á ella era como un compromiso de honor.

Desde temprano, en Viernes Santo empezaban á llegar á la ciudad las comitivas de los paisanos, que venían á rendir el tributo de su fe y el homenaje de sus respetos al Cristo Mártir, que muchos creían ver clavado verdaderamente en la cruz. El Sermón de Agonía lo escuchaban con grande unción. Cuando la familiar *campana grande* daba sus tres toques de agonía, á los que los corazones fervientes unían, con sus golpes rítmicos, una plegaria de perdón, toda esa gente caía de rodillas.... era el hijo sencillo de nuestras campañas rendido á los pies del divino Peregrino de Galilea; era la naturaleza salvaje, ante la sublime naturaleza del Verbo encarnado!

Por la tarde, después del Sermón del Descendimiento, la procesión se iniciaba; las velas, que cada uno llevaba en la mano, proyectaban en los rostros siniestras fulguraciones. Parecía la procesión, mirada desde lejos un hacinamiento de antorchas. ¡Hombros de acero se disputaban por sostener el Sepulcro! Era una marcha silenciosa, grave: ¡iban hacia la tumba!....

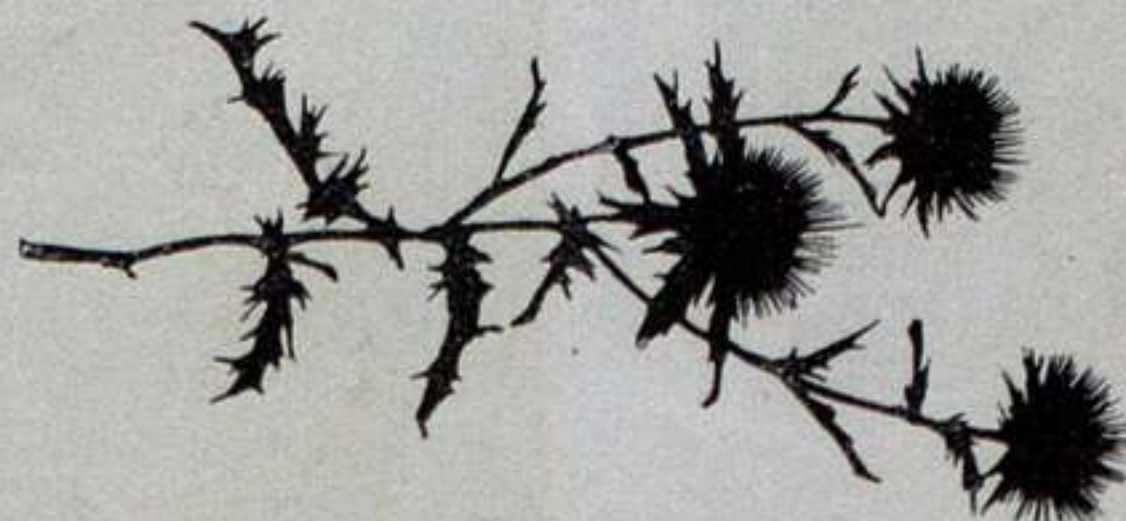
En nuestra gente del campo, las tentaciones de Luzbel son aplacadas por el santo temor de Dios; pero he ahí que en este día El ha muerto. Entonces demos rienda suelta á las pasiones, se dicen, gocemos las exaltaciones del placer, robemos fin. Y roban; la noche del Viernes Santo es noche destinada á apropiarse de lo ajeno, porque Dios ha muerto y el pecado quedará impune. La fe pura raya á veces en el fanatismo y la superstición; tienen así muchos rasgos peculiares, atavismos quizá de la raza incásica....

Y este cielo puro, donde las estrellas brillan tanto, parpadeando como bujías en torno del Eterno; este «cielo de azul y de arboles» donde las auroras de fuego terminan en tardes apacibles; es-

te cielo incomparable que á cada instante nos muestra la imagen de la patria, en los días santos se viste de nubes y llora.... Es que la naturaleza, más compasiva que los hombres, se conmueve todavía con las reminiscencias de los acontecimientos del Calvario. Por eso oculta la pompa de los cielos y la salvaje magestad de los cerros que desaparecen entre la niebla.

HORACIO CARRILLO.

Jujuy, Abril de 1906.



LA SEMANA SANTA EN CATAMARCA

(Para LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)



CATAMARCA, como todos los pueblos de origen ibérico, ha heredado de la Madre Patria la fe cristiana con todas sus grandes tradiciones y una devoción especial á María Santísima en todas sus más notables advocaciones, y á la Santa Cruz.

De ahí que, la Semana Santa, con sus misterios y pasos se ha celebrado de la mejor manera posible, no solamente en las iglesias de la capital sino también en las más humildes parroquias de la campaña.

Allá por los años de 1650, rezan crónicas y memorias, recogidas y coordinadas por el P. Pascual Soprano, en su valiosa historia, que en el primitivo templo de N. S. del Valle, en Valle Viejo (que hoy tiene por Patrón á San Isidro Labrador) «existía un clero numeroso al servicio del Santuario y de los peregrinos»—dice el citado historiador: Fué la primera Parroquia, regida por el Cura Vicario y Capellán del mismo Santuario, título que se conserva hasta el día de hoy.

Pues bien, la Semana Santa se ha celebrado desde ese remoto tiempo con la contribución voluntaria de los fieles y en especial con la limosna (hoy muy pequeña) que depositaban en el platillo, después de la reverente adoración de la Santa Cruz en la mañana tristísima y majestuosa del Viernes Santo. No faltaba en otros años tal cual caballero conocido que no llamara la atención del público adorante al depositar como ruidosa ofrenda algún *cóndor de oro* ó un puñado de *fernandinos*.

Muchos años más tarde, trasladada la población primitiva á la falda del Ambato que hoy ocupa, edificáronse la Matriz y la iglesia de los Padres Franciscanos Recoletos (1586 y 1589) respectivamente, ambas de anchurosos muros de adobe, de los cuales sólo quedan recuerdos y vestigios en las pequeñas y húmedas celdas del famoso convento, único refugio, al decir de Avellaneda, de las letras y ciencias en los años luctuosos de la independencia y del caudillaje semibárbaro.

Y son las dos iglesias, en que, con mayor pompa, se celebra la Semana Santa.

En la Matriz se celebran el jueves, los Oficios propios del santo día, y por la noche, el clero secular, corporaciones, cofradías y fieles hacen la visita y estaciones de costumbre, en grandiosa romería hasta media noche por lo general. Por un auto de Monseñor Rizo Patrón las puertas del templo deben cerrarse á las doce en punto, para cortar quizá abusos é irreverencias, pues antes quedaban abiertas hasta el día siguiente.

A las doce del viernes al tiempo mismo en que la sonora campana del reloj público colocado en la torre del norte señala el medio día, comienza la pausada lectura de las *Siete palabras*, desde una tribuna ubicada al frente del histórico púlpito por el cual han pasado antiguos oradores como el P. Esquiú y el cura Oviedo y Paez y los modernos más conocidos. Las palabras santas y tristes de la leyenda van interpoladas con el canto de sentidas saetas y la paráfrasis del orador hasta las 3 p. m. en que: al repetir el *Inclinato capite emisit spiritus*, por un resorte, la ensangrentada Imagen

del Redentor deja caer lánguidamente la barba sobre el pecho.

Las últimas palabras y las últimas notas del canto se confunden con llantos y gemidos de mil pechos.

En cumplimiento de un voto y respondiendo á su piedad, el distinguido caballero don Isaac Acuña (tío del actual Gobernador) constituyó una capellanía para costear con sus réditos la función y sermones de este día, adquirió un Cristo de la Agonía que se conserva actualmente, y durante muchos años se le concedió permiso para leer las *Siete palabras*.

En su casa, que era en el costado norte de la plaza, donde es hoy la moderna y elegante del ex-diputado don Mauricio Herrera, guardaba el señor Acuña útiles y faroles de papel y algunos cuentos de vidrios y lata muy escasos *in illo tempore*, por los cuales camorreaban los monaguillos para acompañar la procesión del Santo Sepulcro, que se efectuaba en la noche, después del sermón del Descendimiento. Triste es confesarlo: es el sermón más perdido, no porque se predique en desierto sino que, el pueblo y sobre todo los muchachos, por atender á la ceremonia que va indicando el orador en partes convenientes con los *varones santos*, y por disputarse los mejores puestos, apenas si oyen lo que dice.... Gran desconsuelo si el sermón ha costado vigiliadas soportadas con café amargo....

Después, la soledad, el silencio y las tinieblas....

El domingo, muy al alba, antes que los pájaros saluden á la aurora, mientras corre una brisa fría, casi todos los años acompañada de una garúa finita como polvo de cristal, las graves y parladas campanas del Santuario de N. S. del Valle, pueblan los aires de alegres notas y anuncian la victoria de la vida, Cristo resucitado. Y cuando el día descorre el velo de las sombras desde las faldas del Ambato hacia Guayamba, luces, himnos, campanillas, repiques y oraciones acompañan al Santísimo Sacramento en la procesión.

Respecto de la iglesia de San Francisco, no he podido encontrar memorial ninguno, ni viejo que me explique porqué los franciscanos comienzan la gran semana el lunes santo, contrariamente á la costumbre secular de los pueblos. Ese día, la Cofradía de benitos hace la comunión pascual en la Matriz.

El miércoles pasa en blanco.

El jueves santo es el día más anacrónico de la semana, pues en contra de toda costumbre, quizá siendo caso único, hacen la procesión que llaman del *Calvario*.

En efecto, sale del templo Jesús crucificado, la Dolorosa y San Juan y parte desde el átrio á donde vuelven. Nadie se explica esta procesión puesto que la noche del jueves santo, en todo el mundo católico está dedicada á la visita de los monumentos donde se reserva el Santísimo.

De modo que, gran parte de los fieles acompañan esta extemporánea procesión en su lento y triste camino, mientras columnas interminables rezan en grave tono de una á otra iglesia.

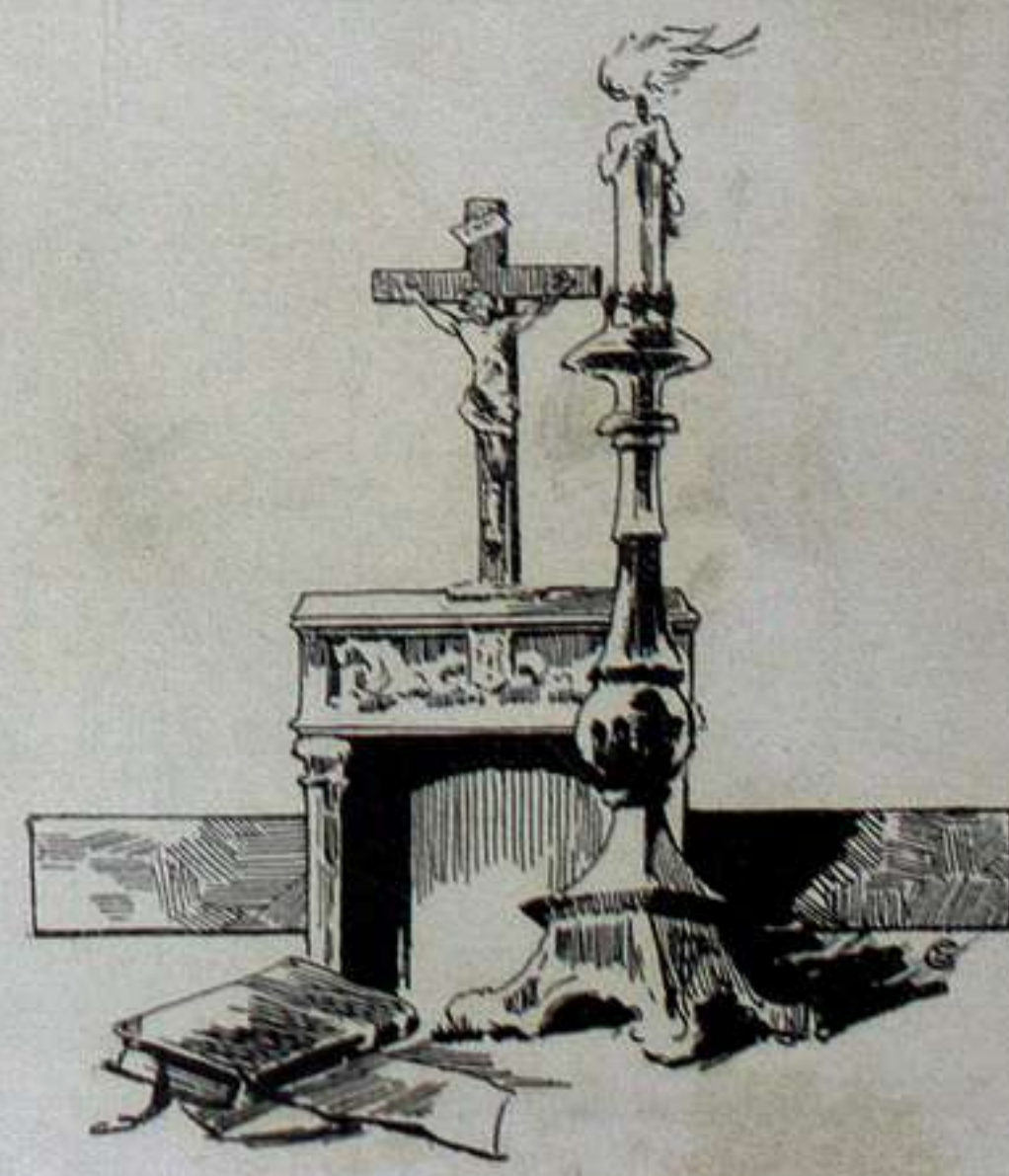
Cuando las Hermanas Carmelitas vivían en su antiguo colegio, que es hoy del Huerto, solían celebrar una Semana Santa bastante solemne en su capilla, que es lo único que se conserva del primitivo edificio, si bien muy mejorada en paramentos, altares y pinturas.

Bien es verdad que, el soplo glacial del paganismo que avanza en nuestro país ha llegado también á este pueblo piadoso y trabajador, empero, ama todavía su fe y sus tradiciones.

La cristiana y santa frase de *¡Felices pascuas!* oyesela todavía en el gran domingo de las alegres alulayas que canta la iglesia en los días de bonanza como durante el rugir de las tormentas que han azotado la barca del Galileo.

RICARDO RISCH.

Catamarca, marzo de 1906.

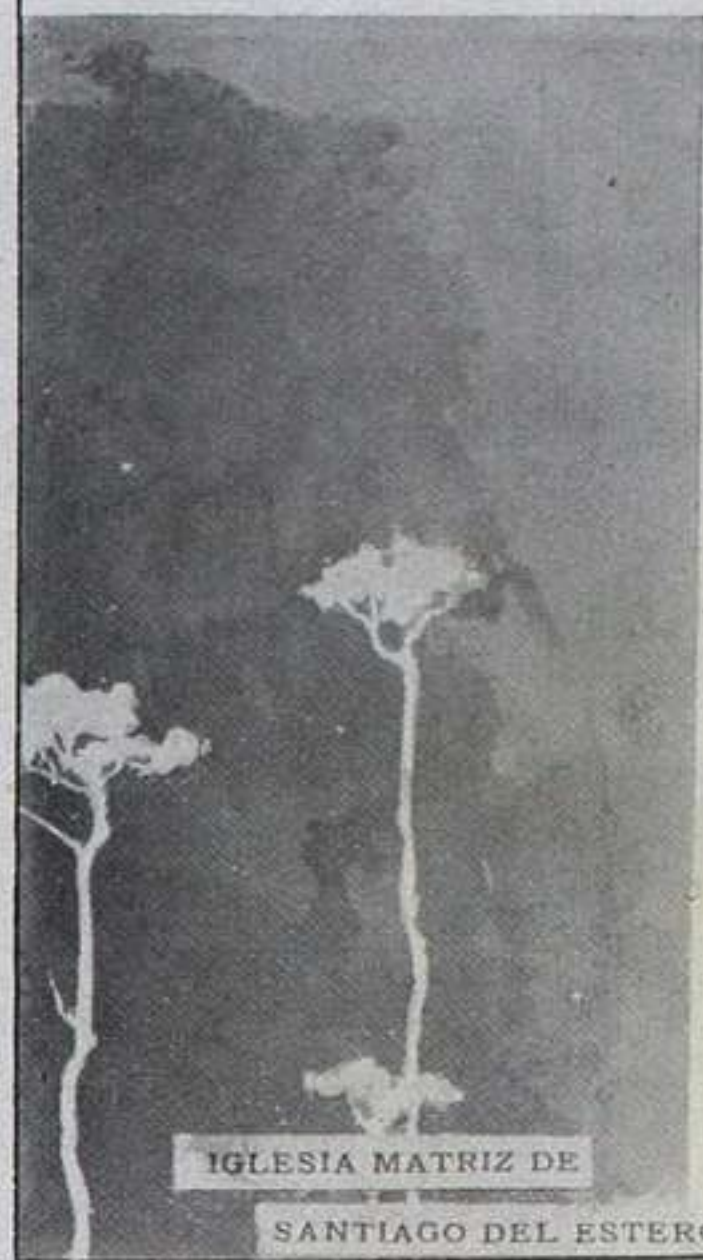




CATEDRAL DE SAN JUAN



CATEDRAL DE TUCUMAN



IGLESIA MATRIZ DE
SANTIAGO DEL ESTERO



IGLESIA MATRIZ DE JUJUY



IGLESIA MATRIZ DEL ROSARIO DE SANTA FE



IGLESIA MATRIZ DE
CATAMARCA



IGLESIA MATRIZ DE
LA RIOJA



IGLESIA MATRIZ DE
SAN LUIS



LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANASDIRECCIÓN y ADMINISTRACIÓN :
Buenos Aires (Rep. Argentina) Cuyo 657Casilla Correo N° 602
Cooperativa Telefónica 4058

AGENCIAS PRINCIPALES

BRASIL: Rio Janeiro y San Pablo. — URUGUAY: Monte-
video. — PARAGUAY: Asunción. — CHILE: Santiago y
Valparaíso. — PERÚ: Lima. — BOLIVIA: La Paz. — VE-
NEZUELA: Caracas. — ECUADOR: Quito y Guayaquil. —
COLOMBIA: Bogotá.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Buenos Aires. Año \$ 18.— semestre 9.— trimestre 5.—
Prvs. Argents. " 20.— " 10.— " 5.50
Exterior..... \$ oro 10.— " 6.—

Suscripción especial para "Profesionales" 5 \$ por mes

Número suelto 1 \$ — Número atrasado 2 y 4

AÑO XIV BUENOS AIRES, 15 DE ABRIL DE 1906 N.° 319

NOTAS DE AGRADECIMIENTO

Bastó un simple ruego para que S. Ilma. el señor Internuncio Apostólico, y nuestro venerable prelado, Monseñor Espinosa, honraran con sus autógrafos las páginas de LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA.

Agradecemos a tan altas personalidades la deferencia que les hemos merecido, haciendo votos porque ambos desempeñen por muchos años los elevados puestos que hoy ocupan, y en los que tantas simpatías se han granjeado.

**

A cuantos periódicos, tanto de la capital como de las provincias, dedican a esta Revista frases de elogio, solo se nos ocurre decirles: «Gracias; continuaremos esforzándonos para que LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA se mantenga a la altura del periodismo argentino y de la creciente importancia de nuestro país, no omitiendo para ello ni gasto ni sacrificio alguno».

CAUSERIE BONAERENSE

Alberto es un *sportsman* furioso:

Los hay de la especie. Es la epidemia reinante.

Ya no son cazadores los reyes que ennoblecieron hasta el arte ó las artes, á la montería, la cetrería, la halconería y otras cazas mayores y menores.

Ya no es la ocasión de los amores de la corte entre el gran tren de las cabalgatas, ni el romance de las damas gentiles entre el blando susurro de los bosques, ni de la destreza, valor y galantería de los señores apostos.

Aquello era grandioso; pero esto otro es más animal, en cuanto á que siendo los caballeros los héroes de pasados tiempos, son los héroes de lo presente, los caballos. No se dirá por cierto que no alcanzamos los progresos de la democracia popular representativa.

Lo que va de ciclo á ciclo; del ciclo de los caballeros, al ciclo de los caballos.

Cuando existía el secuestro personal por razón de guerra ó de piratería, se rescataba á los hombres con dinero; pero el mejor, el mas sano ó el mas sabio, no valía mas de mil ducados. Por un Cervantes, dieron á mucho dar los padres mercenarios en Argel, cien doblones. ¿Cuánto daríamos

ahora por Edison inventor agudísimo, aunque sordo como un adoquín? ¿Qué sé yo! Pero no sería gran cosa.

Cuando se compraba á los negros en Africa y se les traía á bordo mezclados con pieles de león y tigre y colmillos de elefante, el mas guapo, el mas reluciente, no valía dos puñados de maravedises.

En estos días civilizados, nadie compraría un hombre, cualquiera fuese su color personal ó político; basta comprar su libreta en días de elecciones. Los hombres no tienen cotización, como las acciones de las empresas fallidas. En cambio, las mujeres alcanzan precios fabulosos. Cuestan un ojo y algo más. Con todo no valen la mitad de un caballo. ¿Quién daría ó ha dado cien mil pesos por el ejemplar mas adorable del bello sexo? ¿Quién? Pues, se da y se ha dado hace pocos días un millón de francos por un caballejo mas babieca que el del Cid, porque aquel siquiera ayudaba á ganar batallas y conquistar pueblos, mientras éste solo sabe correr como alma que llevan los diablos y además resulta un excelente padre de familia, un patriarca que forma tribu con su prole y alcanza para ella árbol genealógico y un transcendental abolengo superior á los Hohenzollers, los Ausburgos, los Borbones y los Montmorencys de la mas alta nobleza.

Los grandes diarios se han hecho lenguas. Las revistas deportivas han publicado su retrato y su genealogía. Uno de aquellos daba entre las llamadas noticias *sensacionales*, la siguiente, que parecería mentira, teniéndonos, como nos tenemos, en el concepto de gentes racionales:

«Una nueva é importante adquisición acaba de realizar nuestro *eleve*. El distinguido *sportsman* señor Saturnino J. Unzué, ha efectuado ayer la compra del notable hijo de Flying Fox y Wadora: *Val d'Or*, el vencedor de Cicero (como quien dijera de Marengo y Austerlitz), propiedad que ha sido hasta ahora del famoso *eleveur* y *sportsman* francés M. Edmond Blanc».

¿Este hecho, añadía, será de resonancia mundial!.....

Así es en efecto; con ese caballo mas y la elefantita ya podemos retar al mundo civilizado.

Digo yo por mi cuenta, porque otros pensarán de distinta manera. Yo soy lego en punto á padrillos y poco se me alcanza en achaque de regenerar las razas. Algo leí sobre decadencia de la raza latina, preponderancia de la sajona y aniquilamiento de la mongólica; pero creo que eso nada tiene que ver con la raza caballar.

Por un fenómeno de auto-sugestión, que dicen los científicos, yo he llegado á creer que los caballos somos nosotros. Vea usted que tal, y juzgo que mas necesitamos nosotros del Dr. Albarracín y su Sociedad Protectora de Animales, que los caballos de raza que tienen palacios por pesebreras, bizcochos por pienso y agua mineral por bebida, que tienen dentistas para curar ó extraer las muelas, lacayos que los bañan y aplican fricciones á domicilio y los abrigan como las esclavas del harem á la sultana favorita y, en fin, que les proporcionan gratis y á pedir de boca, hermosas, redondas, coquetonas yeguas, escogidas entre la más alta aristocracia de la sangre.

Ni en tiempo de Don Quijote en que según la leyenda:

«Princesas cuidaban de él,
Doncellas de su rocino».

Hasta ahora sólo nos lleva el *record*,—¿creo que se dice *record*? sólo nos lleva el *record* un cierto rey Ricardo el cual en algún apurado lance, dicen que dijo: «Mi reino por un caballo». Lo digo, porque ni el Pegaso que montó Belerofonte para combatir á la Quimera, á los Solymes y á las Amazonas, llegó á valer tanto y, en fin, ni el caballo de madera que introdujo Ulises en Troya, cos-

tó precio igual, aunque costó el incendio de la gran ciudad de Priamo y engendró la inmortal Iliada!.....

#

Pero nos hemos olvidado de Alberto.

Como decíamos ayer, Alberto es un *sportsman* furioso. Los hay de la especie. Es la epidemia reinante. Lo que no impedía que estuviese y que esté, según aseguraba él mismo, furiosamente enamorado de una joven viuda muy linda, muy *chic* y muy bien puesta en la mas alta escala de nuestra burguesía aristocrática.

Esa mañana Alberto había tomado el mas enteco y largo de cuello de los caballos colines que son el encanto de los *sportsman* del día y trota que trota, como quien nada á compás hacia las orejas del bruto con las manos en proa, dió con su elegante personalidad en las avenidas de Palermo.

Y qué hermosos estaban ¡ay Dios! qué frescos, olientes á tierra húmeda, á musgo, á fronda los apretados bosquecillos de pinos, de magnolias, de laureles salpicados de rosas encarnadas, de innumerables árboles, con innúmerables variedades de hojas, con increíble riqueza de matices, desde el verde sombrío, hasta el verde esperanza.

Por uno de los senderos arenosos que corren al capricho formando curvas para conducirnos, ya á la sombra misteriosa que nos atrae, ya á los kioscos en marco de trepadoras y madre selva, ya á la fuente cuyas aguas cristalinas saltan, triscan y se esparcen formando iris con el sol y plumajes con el viento; ya, en fin, al líquido espejo en que se miran las copas movedizas; por uno de los senderos que ofrecen bancos al reposo de los viandantes y sede á los amantes tiernos para pláticas sabrosas, vagaba, airosa, esbelta, solitaria, apoyada en el bastón de su sombrilla una hermosa dama. Por entre la fronda se veía, oía y olía aún, su automóvil jadeante, con el *chauffeur* que, por su tiesura y su gorra de pastel se asemejaba muchísimo, por detrás, al Kayser.

¿La señora buscaba acaso la soledad juiciosa, ó en ella, lo que decía Campoamor: la soledad de dos en compañía?

¡Averigüelo Vargas!.....

Pero lo cierto es que al volver uno de los recordos en que interceptan el sendero y lo desvían los soleantados terraplenes cuajados de flores, esos como hermosos canastillos de mimbres cerrados entre purpúreas, bronceadas hojas, agrupadas por el artificio para recreo de los ojos; al volver, pues, un recordo, dió de manos á boca con el ginete del enteco colin, con el gracioso Alberto, al parecer distraído ó azotado con el latiguillo flexible como una culebra, la caña de sus botas de irreprochable *sportsman*.

—¡Ah! ¿sois vos señora?

—Yo misma. ¿No me habíais pedido que viniera? ¿No decíais que necesitábais ámbito, luz, espacio, para decirme algo muy interesante, digo, muy interesante para vos?

—Si tomáis el mismo aire burlón que os hace la reina de los salones, no podré desplegar tampoco los labios fuera de ellos, ni aquí mismo en donde la naturaleza es tan bella y en donde todo convida á las confidencias y al amor.

—¿Al amor? Os guardaba el secreto. No os creía capaz de la poesía viviendo siempre entre animales.... de raza.

—Sois cruel Mina.....

A LA CIUDAD DE MÉXICO
— FLORIDA Y CUYO = BUENOS AIRES —
EXPOSICIÓN GENERAL DE LAS
NOVEDADES DE INVIERNO

EMATÓGENO "COLUCCI"
RECONSTITUYENTE SIN IGUAL
DE LA SANGRE Y DE LOS NERVIOS
MUY ÚTIL Á LAS SEÑORAS EN
LOS DESARREGLOS Y CRIANZA
VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

—Señora Guillermina..... si gustáis.

—Perdonad. Me he tomado cierta confianza; pero yo creía.....

—Creíais mal bello Alberto. No es prudente tomarse lo que no se nos da.

—Con todo, alguna consideración os debo merecer cuando os habéis dignado consentir.....

—Ya. En venir á estos sitios. ¿Verdad? Pero ¿Quién os ha dicho que hubiese venido acudiendo á vuestro deseo únicamente? Este es mi paseo de todos los días. Qué más me daba venir hoy como otras veces?

—Pero arrostrais cierto compromiso. Figuráos que nos viese algún conocido que lo dijera en secreto á todo el mundo.

—No hay peligro, ni por mí, ni por vos. Yo soy viuda, dueña de mis acciones y de mis caprichos, de los cuales no doy cuenta á nadie. Vos no os ocupáis más que de carreras y de padrillos. A lo sumo supondrían que entre vos y yo ajustáramos alguna sonada apuesta para el próximo *Gran Prix*.

—De manera que me creéis absolutamente insustancial é inofensivo.

—No tal. Podríais ser un excelente sujeto. Nada os falta, ni aún cierto talento sentimentalista; pero estáis loco, rematadamente loco. Tenéis como dicen en vulgar los españoles, tenéis la *chifladura* del *sport*, caballescico y no veis más que caballos y jokeys por todas partes. A veces—perdonad—aún me parece que traéis con vos las emanaciones del pesebre.

—¿De manera que no debo abrigar ninguna esperanza?

—Síntolo mucho por que sois simpático y me interesa vuestra suerte; pero nunca, ¿lo oís? nunca consentiré en ser de un hombre que me dé por rival á una yegua ó me sacrifique á las carreras ó arroje su fortuna y la mía en apuestas y compras de ejemplares raros.

—Pero eso no será irrevocable. Si yo cambiase, si yo.....

—No, eso no se muda. Los sportsman de naturalización son más feroces y más insistentes que los de nacimiento. Eduardo VII atiende á sus caballerizas y á su reino; pero un Alberto que yo conozco desatenderá siempre sus negocios para no vivir más que entre el hipódromo y el Jockey Club. Es triste cosa tener por rivales á las yeguas y vivir entre el olor del heno.....

Habían llegado andando hasta el automóvil á donde la bella dama subió de un salto, saludó con la sonrisa y con la mano y partió echando humo mientras Alberto se quedó como la estatua de Falucho.

A poco, se dió una palmada en la frente, consultó su reloj y dijo corriendo hacia su caballo que un granuja tenía del diestro—¿Qué barbaridad! Y me estarán esperando para comprobar los pesos. ¡Soy un aturdido!.....

Hay que mudar el escenario y vivir esta vida de contrastes en que vivimos.

Y pasó majestuosa la semana magna. Como se vá el desenfreno de las carnestolendas, se vá la abstinencia de la cuaresma. Ni en aquella se desborda ya nada, ni en esta se reprime nadie. Hoy se promiscua y come carne todo el mundo sin bula, y en cuanto á laticinios no los toman solamente los que no los alcanzan por su altísimo precio. ¿Quién creería que en nuestro tiempo llegarían á valer tanto los huevos y hubiera mil lecherías elegantes que venden el artículo en donde no hay ni una gota de leche?

Pero aún se mantiene el esplendor del culto. «No habrá poetas, como decía Becquer, pero siempre habrá poesía», hay siempre grandeza inextinguible en los templos y se adivina á Dios en aquellos ámbitos en donde resuena palpitante el órgano y el incienso subiendo en nimbos y espirales

impregna el ambiente con perfumes de gloria celestial.

¿Cómo estaban llenos de elegantes damas y bellas rapazas y rapaciñas el día de los Ramos!

Después de los oficios cada cual salía llevando consigo ramas de olivo y hojas de palma benditas. Había poesía en esa evocación de la entrada de Jesús en Jerusalem y se retrocedía entre automóviles soplones hasta la borriquilla mansa que llevó el Salvador en triunfo.

Tampoco ha decaído la piadosa romería del Jueves Santo. Ardían los tabernáculos cuajados de luces y de flores. Los ángeles custodiaban al sacramento eucarístico cercándolo con sus alas abiertas. Millares de personas entraban y salían de modo incesante, las féminas por la gran portada; los masculos por la sacristía ó sea: por la carretera las mujeres y por el atajo los hombres. No se admitía la promiscuidad de sexos en el templo de Dios. Se revivía la pragmática de Felipe II de España, lo que demuestra que á pesar de los siglos, del progreso y de las huelgas, el diablo sigue impertérrito en su obra de tentación.

El viernes resonó en el pulpito la oración fúnebre á la memoria del Gran Martir. Hubo raudales de elocuencia según las exigencias del día y vejeces rancias que no deberían ya decirse so pena de inevitable ridículo. Poneos al frente del adelanto y no para intentar detenerlo, sino para presidirlo. La religión de Cristo vivirá aún y triunfará sobre muchos siglos de progreso, porque está en la imperecedera naturaleza humana y es todo amor y tolerancia!.....

Y, llegó el sábado de pascua, pascua florida en el hemisferio oriental, nebulosa, aguada en este occidental que alcanzamos. Con todo, llegó alegre y bulliciosa. No faltaba gente de buen humor. Los restaurants se llenaron de adeptos. Las orquestas se deshacían tocando aires alegres y aires bohemios, tirolese, criollos y los *chops* largos y tiesos como peleles, cubrían las mesas y recreaban á los sedientos de cebada en líquido.

¡Los mercados exhuberaban en cuanto Dios crió! Qué cerros de frutas; qué colinas de verdura y qué degollina de aves y marravos para regalo de estómagos á prueba de bomba.

En fin. ¡Felices pascuas, lectores!.....

BROCHA GORDA.

LAS ESPOSAS DE LOS PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Por más que la Constitución republicana para nada menciona á la «presidenta», no puede negarse que entre las esposas de los siete funcionarios que hasta el presente han ocupado el sillón presidencial se encuentra alguna que se ha esforzado en conquistarse este título no oficial. De un trabajo de M. Edmond Claris tomamos los siguientes interesantes detalles respecto á las mencionadas damas.

Mme. Thiers, cuyo esposo fué presidente de 1871 á 1873, no desempeñó ningún papel de importancia. Fué una persona sumamente económica que dedicaba sus desvelos á impedir que su esposo se mostrase demasiado espléndido, y éste encontraba gusto en mortificar de vez en cuando la avaricia de su esposa. Los amigos de la casa fueron testigos alguna vez de la encubierta lucha entre ambos. Un día se habían quedado á almorzar en el Eliseo algunos conocidos del presidente; en la mesa había una cesta con hermosos melocotones, y Thiers preguntó al corresponsal del *Times*, M. Blowitz:

—¿Quiere Vd. partir un melocotón conmigo?

—Los melocotones están destinados á la comida —le interrumpió Mme. Thiers.

El presidente no contestó; partió tranquilamente su melocotón con Blowitz y tomando otro lo ofreció á Barthélemy-Saint Hilaire, diciendo:

—Tome Vd., goloso; ¡estoy seguro de que se lo comerá Vd. todo entero!

La «mariscala» Mac-Mahon (1873-79) tenía una grande opinión del papel que le tocaba desempeñar en el Eliseo. Fué una mujer de talento, pero muy altiva. El mariscal no hacía nada sin consultarla y fué ella quien le indujo á dimitir. Sin embargo, al abandonar el Eliseo no pudo retener el llanto. Había llevado un tren de casa para el que no bastaba el sueldo de presidente de la república y había gastado toda su fortuna personal en los años de la presidencia.

Mme. Grévy (1879-87) fué una señora sumamente sencilla; tenía fama de ser excelente cocinera y de saber el corte suficientemente para confeccionarse ella misma sus trajes. Sus allegados alababan su inteligencia y la bondad de su corazón, y es un hecho que á menudo bregaba con su esposo á fin de vencer la avaricia de éste en favor de los pobres. Durante los nueve años que duró la presidencia Grévy, no se celebró jamás fiesta ni banquete alguno en el Eliseo; asimismo prefirió ahorrar Grévy el medio millón de francos que la Constitución destina al presidente para gastos de viaje, no emprendiendo sino los indispensablemente necesarios y con el séquito más reducido posible. Cuando debido á la conducta de su yerno, Wilson, tuvo que abandonar el Eliseo, fué su esposa el ángel consolador de sus penas y de su soledad.

Con Mme. Carnot (1887-94) entró en el Eliseo el fausto y la alegría. Fué una mujer elegante, ilustrada, ingeniosa, pasó por ser el feliz complemento de su esposo, cuyo carácter seco y rígido inspiraba pocas simpatías. Se dedicaba con ahínco á la educación de sus hijos y á obras de caridad; fué la primera que en calidad de esposa del presidente visitaba hospitales, asilos y escuelas públicas.

Mme. Casimir Perier (1894-95) permaneció muy poco tiempo en el Eliseo. Fué ella quien principalmente había influido en su esposo, á fin de que aceptase la presidencia, y fué ella la que primero aplaudió la resolución de éste de dimitir aquel cargo. Dejó el recuerdo de una joven, hermosa y altiva dama. Tenía profunda antipatía hacia la popularidad adquirida por medio de la prensa, tanto que un día quiso poner pleito á un periódico por haber publicado su retrato.

Mme. Felix Faure (95-99) no participaba de esta antipatía de su antecesora. Pasaba por ser una señora algo insignificante y se mantuvo siempre bastante retirada. El puesto de ella lo llenaba su hija Lucie, que presidía en las fiestas del Eliseo, estaba presente en las recepciones de los Soberanos y fundaba sociedades de beneficencia. Su padre le pidió á veces su opinión respecto á tal ó cual acontecimiento y hasta dicese que alguna vez le permitió estar presente en el Consejo de ministros.

Mme. Loubet (1899-1906) era sin duda alguna la presidenta que hasta ahora ha comprendido mejor el papel que le tocaba desempeñar. Era atenta, sencilla, inteligente, amable; no se mezclaba en política y era ante todo cariñosa madre y esposa. Con su sencillez, su constante afán de hacer el bien, de visitar hospitales, asilos, escuela y de llevar por doquier su socorro á los pobres y miseros, la «brave Mme. Loubet» contribuyó en mucho á la popularidad de que gozaba el presidente. Los dos supieron representar dignamente el alto puesto que le fué confiado á M. Loubet, conservando la sencillez burguesa-republicana. Al abandonar el Eliseo salieron acompañados del respeto general.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd. Italiens. Paris.

LAS RECETAS DEL PADRECITO



o que paso á narrar es rigurosamente histórico.

En un poblacho correntino, cuyo nombre no viene al caso, vivía hace ya algunos años un modestísimo sacerdote de sotana raída y deslustrada teja. Si á esta indumentaria se agrega una atroz miopía, una nariz fenomenal, cara pequeña en cuerpo aninado que al andar se movía como si descaderado estuviera, cuesta trabajo creer que el *Padrecito* gozara, no ya del

respeto sino de las simpatías de todos, grandes y pequeños. Al chicuelo peor criado, al más atrevido mozalvete, nunca se les ocurrió palabra humillante para el sacerdote, antes al contrario todos respetuosamente le saludaban al pasar, saludo que el buen clérigo, adivinaba más que veía, y que contestaba con breve inclinación de cabeza.

¿Por qué sujeto físicamente tan rícuulo alcanzar logró las populares simpatías?

¡Pues sencillamente porque en Corrientes como en Buenos Aires, en París como en Londres, el mérito se impone, y meritisimo era el *Padrecito*, apesar de su poco elegante figura.

Al pueblo llegó cuando todo aquello andaba religiosamente medio anarquizado, Hombre de sentido común, se prometió restablecer el orden, sin sacar el Cristo grande, como vulgarmente se dice; y recordando la máxima de San Francisco de Sales, de quien era muy devoto, que dice que «más moscas se cogen con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre», trató de alcanzar amigos, y de trocar siquiera en indiferentes á los apasionados adversarios de su doctrina.

Esta política con ser meritoria, no le hubiera dado ciertamente la popularidad de que gozaba. Ella se fundaba en algo más que logró dominar á sus feligreses.

Había nacido el *Padrecito* en la vertiente de los Alpes que mira á la sonriente Italia, y de niño había aprendido á herborizar con su padre, entendido farmacéutico de un pueblecillo en aquellas laderas enclavado. Cuando á la Argentina vino, sabía ya muchos remedios caseros, conocía un sin fin de hierbas medicinales que recetaba á sus amigos ó conocidos cuando alguna dolencia les molestaba.

Fué á Corrientes; en aquel poblacho revivieron sus botánicas aficiones, y pronto, sin que él mismo se lo propusiera, supo el pueblo que aquel sacerdote de sotana raída, miope y estevado, curaba por igual las dolencias morales que las físicas; y como

por aquel entonces no había en el poblacho ningún médico de asiento, el *Padrecito* se trocó, sin pretenderlo, en el galeno de todos los honradotes vecinos del pintoresco lugar.

Claro está que para sanar con probabilidades de acierto, tuvo el buen *Padrecito* que aplicarse al estudio de la flora correntina, y así se le veía cada mañana, después de la misa matinal, emprender su caminata con pesado bastón en una mano, y un cestito en la otra, en pos de las hierbas que para sus curaciones necesitaba. Su herbario iba creciendo y con él la fama de sus talentos, tanto que de cien leguas á la redonda venían gente, á consultar al buen sacerdote, que no por orgullo sino por ca-

carñosamente distribuía entre los menesterosos del lugar. Hoy era la desconsolada viuda la que recibía oportuno socorro, mañana huérfanos inocentes se veían misteriosamente atendidos; otro día, junto con la receta salvadora, iban unos pesos, para costear alimentos indispensables, y cuando los favorecidos dábanle gracias con los ojos humedecidos, el *Padrecito* esquivando miradas repetía. «A Dios, hijos míos, á Dios, que junto con los hombres crió las plantas medicinales».

Un día fué á postrarse ante el tribunal de la penitencia una pobre mujer. Mucho rato estuvo en él y sólo se supo después que terminada la confesión, la buena mujer esperó al cura á la puerta de la iglesia. Allí el *Padrecito* la entregó un paquete diciéndola:

—«Ahí van unas hiervas y mi receta. Léala atentamente, y haga cuanto le ordeno, y sobre todo á nadie diga lo que el papel contiene».

Fuese la buena mujer á su choza, y ya sola abrió el paquetito, y cual no sería su sorpresa al encontrar junto con las hierbas un billete de cinco pesos y una receta que decía:

«Tome dos tazas diarias de esta hierba en infusión. Le incluyo cinco pesos porque conviene que se haga unos buenos pucheritos, pues hay mucha debilidad. Rece por mí y dé gracias á Dios, que junto con las criaturas crea las plantas medicinales».

Tanto porque es difícil que una mujer guarde un secreto cuanto porque la gratitud, cuando es verdadera, tiende á desbordarse, lo cierto es que á la hora todo el pueblo conocía el nuevo rasgo humanitario del *Padrecito*! ¡Cuán bueno lo hizo Dios!

Llegando la nueva á oídos de todos, otra mujer que entre harapos vivía porque, ¡aberración humana! gustaba en exceso.

...del nectar divino
á quien otros llaman
porque nos vino del cielo

se prometió explotar los caritativos sentimientos del clérigo.

A confesarse fué y como á la anterior díjole el buen Padre que le esperara á la salida de la iglesia y allí le entregó un paquete conteniendo unas cuantas hierbas y el correspondiente récipe.

«Ahí van las hierbas y la receta—la dijo—tome las primeras y siga con religiosa exactitud mis prescripciones».

Voló la mujer, ya que no corrió, á su hogar, abrió el paquete del que cayeron desparramadas al suelo varias hierbas, pero no los cinco pesos que ella esperaba. Desdobló la receta y leyó.

«Cada vez que el cuerpo reclame bebida, tome una tacita de esta hierba; y es seguro, suprimiendo el vino se acabarán sus pesadumbres morales y sus padecimientos físicos. Dios que crea el vino, crió también el agua que no enferma, ni emborracha, ni aduenda».

Inútil decir que la borrachuela se guardó mucho de divulgar la última receta del *Padrecito*, quien cuando oía hablar de la alcohólica mujer, apretándose las gafas decía:

«Demos gracias á Dios, que si crea las criaturas también crea con las plantas medicinales, el agua saludable de las fuentes».



ridad evangélica se crecía al trabajo y se multiplicaba.

Nunca cobró un centavo á nadie por los remedios que suministraba; pero como hasta él llegaban junto con no pocos pobres, algunos ricos estancieros, éstos solían dejar algo «para los necesitados de la parroquia», algo que el buen sacerdote

¿Qué cómo se llamaba el curita? Pues el *Padrecito*, y con este nombre se le recuerda aún en la comarca correntina teatro de sus caritativas hazañas; añadiendo los viejos que nadie después de él supo dar á cada enfermo la medicina que sus dolores reclamaba.

R. MONNER SANS.

MI PRIMER DEBUT

DE SARAH BERNHARDT

—Que sea modista, dijo mi padrino; eso será lo mejor. Vestidos, cintas, adornos, es lo que le gusta. Creedme, este oficio es el único que la conviene. Pero uno de los antiguos amigos de mi madre opinó que quizás haría fortuna dedicándose al teatro.

Esta era la opinión de mamá; yo no era fea, tenía una voz suave y bonita dentadura; de modo que podía permitirme la sonrisa. No quedó tampoco excluida la esperanza de que crecería y engordaría algo (nadie entonces soñaba en que mi extremada delgadez ocuparía en su día tan vivamente á los críticos).

Por fin, se tomó la resolución de presentarme á Auber, por mediación de M. de Girardin, que era esperado el día siguiente en casa de mi tía.

Mi madre era extranjera y no sabía que pasos había de dar para comenzar la carrera. Mi tía se lo explicó en holandés; hablaron de prisa y durante largo rato. Mi padrino y M. H. conversaron algo alejados de las señoras, y yo me quedé sola en un rincón de la sala, presa de miedo de lo desconocido. ¿Qué era eso, el porvenir? Mi cerebro trabajaba; la risa de mis dos hermanitos, que jugaban en el cuarto del lado, me oprimía el corazón; los duros acentos del habla holandesa parecían herirme, y el cuchicheo de los dos hombres irritaba mis nervios. Me sentí tan desgraciada que empecé á sollozar. Las cuatro personas se me acercaron inmediatamente.

—¿Por qué lloras?, me preguntó mi madre, depositando un beso sobre mi frente; ¿no te alegras de poder ser actriz?

—¡Yo quiero ser monja, contesté llorando!

—¿Qué mentecata eres! gritó mi tía.

—Parece mentira lo necias que son las chicas, contestó mi padrino.

—Anda, vístete—dijo mamá;—no llores tanto.

Yo la abracé con todas mis fuerzas, porque me era imposible pronunciar una palabra. Mamá me hizo alguna caricia para tranquilizarme y yo me marché de la sala. Pocos momentos después no pensé ya en otra cosa que en aderezarme, para dar un mentís á mi padrino, que me creía muy fea.

Al día siguiente fui presentada á M. de Girardin; éste me encontró monilla y observó que tenía algún parecido con la Rachel. Prometió á mi tía interesarse por mí, y en efecto, dos días después recibió mi madre un aviso para que me presentase en el conservatorio en un día y hora fijados.

Inmediatamente avisó á la modista para que me hiciese un vestido de seda negra. El día de la presentación vino el peluquero, que trabajó durante buen rato para formar con mi cabello bucles y moños. Jamás había parecido tan fea como aquel día; esta era también la opinión de mamá. Pero mi padrino sostuvo que así á lo menos tenía el aspecto de una joven y no de un perro rabioso. Mis delgados brazos salían como desamparados



de las anchas mangas del vestido, y al rededor de mi largo cuello me pusieron una cadena de coral. Luego me llenaron la cara de polvos de arroz; las cejas, las pestañas, hasta las orejas quedaron empolvadas: estaba horrible. Al ser presentada á Auber á quien rodearon una porción de jóvenes, todas de más edad que yo, y todas de tez blanca y rosada, éste hizo un gesto significativo, murmurando: «Girardin está loco!» Con eso me volvió las espaldas. Me dieron á comprender que la presentación había terminado, y nos retiramos después de haber dejado apuntado mi nombre y dirección. Al mismo tiempo se nos avisó que los exámenes de recepción serían dentro de diez días.

—¿Qué he de aprender, caballero?

—Oh, lo que usted quiera—me respondió éste—dirigiéndose inmediatamente á otra.

Por fin llegó el día ansiado. Esta vez mi madre no me hizo peinar, y me fui al conservatorio con mi cabello crespa, mi juvenil cara sin menajes y una desenvoltura verdaderamente infantil. Allí encontré á muchas jóvenes, algunas de ellas hermosas, encantadoras. Varias estaban riendo y bromeando; otras llevaban impreso en sus facciones la angustia y la tristeza que les embargaba. Yo iba acompañada de mi tía, porque mi madre se resistía á ir á ninguna parte donde tuviese que esperar; eso la ponía nerviosa y malhumorada. En seguida me hice amiga de una lindísima joven, cuya carita recordaba las pinturas de Grenze, se llamaba Rose Baretta y era hermana de Blanche, actualmente Mme. Worms. Esta, en aquel entonces una niña de pocos años, era compañera de juegos de mi hermana Jeanne y de Marie Samary, ambas de la misma edad.

Cuando oí pronunciar mi nombre tenía ganas de escaparme y, más muerta que viva, entré en la

sala, en la que había una gran mesa, ante la que estaban sentados varios caballeros que sostenían animada conversación; en el fondo se veía una tarima, donde se hallaba un joven muy alto, vestido de negro, cuyos grandes ojos centelleaban debajo de unas cejas pobladísimas.

—¿Qué va usted á recitar?—me preguntó.

Se llamaba Léotand y fué más tarde primer apuntador en la casa de Molière.

—La fábula de las dos tórtolas—dije yo en voz tan apagada que apenas se me entendía.

—¿Qué?... Pero si aquí no se recitan fábulas—dijo él, riendo.

En este momento se oía la campana.

—Haga usted una reverencia—mandó en voz baja el amable Léotand. Yo obedecí; dirigí mis miradas hacia el areópago y un temblor convulsivo agitó toda mi persona. Es una cosa tremenda este examen del conservatorio, es casi una crueldad el poner á tan dura prueba el valor de una criatura. Yo creo que muchas, que realmente tenían talento, han fracasado en este corto examen por causa del miedo que las dominaba.

Entre todas estas cabezas que se dirigían hacia mí, busqué anhelante una cara que me inspirase alguna confianza. Un momento me fijé en Auber, pero su sonrisa burlona me dejó confundida. El debía darse cuenta de ello, porque se inclinaba hacia Agustina Brohan, á quien dije breves palabras. Esta no pudo contener la risa; á mí se me asomaron lágrimas á los ojos y mi tímida sonrisa parecía despertar la compasión de los demás. Camille Doucet me guiñó el ojo, animándome al mismo tiempo con un gesto cariñoso. Me sentí salvada. Empecé mi fábula, sin perder de vista aquella fisonomía simpática, encontrando en su actitud afable el valor que me faltaba. Dije los hermosos versos de Lafontaine sin tomar aliento casi; mi voz conmovida encontraría inconscientemente notas de ternura, de entrañable sentimiento. Sonó el timbre me callé.

—¿Sabes alguna otra cosa, pequeña?—preguntó Auber.

—Sí; sé la escena de Agnès; pero no del todo—Dí de ello lo que sepas.

Hice una segunda reverencia, y, después de haber recitado algunos versos, sonó de nuevo el timbre.

—Salude usted y baje—dijo Léotand.

Así lo hice. Al pasar por delante de Auber, éste me detuvo.—Es simpática—dijo á otro caballero que estaba sentado á su lado.

—Un gato despellejado—gruñó éste en tono grosero. Era Beauvalet.

—¡Yo la tomaré en mi clase; algo haré de ella!—exclamó otro de cara pálida y cabello blanco, luciente. Era de Provost.

—¿De modo que quedo aceptada?—grité yo con júbilo.

—Sí, sí; ven, abrázame. Tienes una voz simpática y buenos ojos; no sabes nada, pero eso no importa. Pero has de crecer, pequeña, porque para los papeles que has de representar es indispensable tener buena figura.

Dí un abrazo á M. Provost y salí ebria de satisfacción.

He aquí como nació para el arte este eminente artista, que ha hecho sentir á medio mundo y ha admirado al otro medio.

MAISON L. ADHÉMAR
Buenos Aires - Cangallo esq. Suipacha

... CASA LA MÁS SURTIDA EN ...
Trajes y Artículos para Baños de Mar

Biscochos Bellas Artes

SON LOS MÁS LIVIANOS Y SALUDABLES

Se recomiendan especialmente para niños de corta edad, enfermos y convalecientes. No contienen manteca ni sus similares

725 - ARTES - 725—RAMON CABANILLAS

DE MONTEVIDEO

SALVAMENTO DEL «BELLANOCH»

De «gran triunfo» para la casa Lussich, de Montevideo, se califica el hecho de poner á flote el «Bellanoch» que permaneció medio hundido en aquel puerto durante tres meses y ocho días.



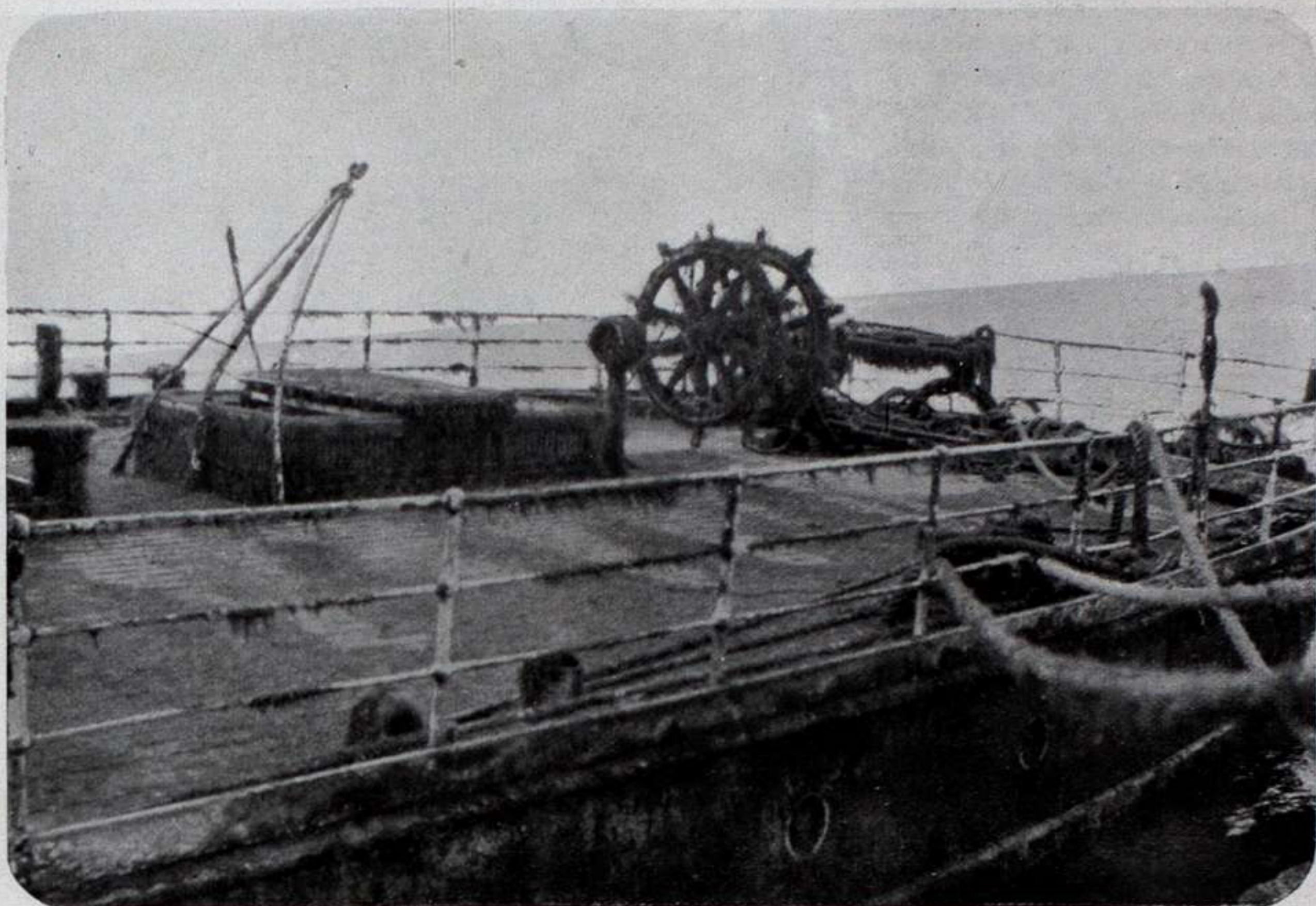
Más de una vez durante este tiempo el cansancio asomaba, ya que los fuertes temporales que batían la entrada del puerto, destruían en pocos momentos el impropio trabajo de varios días, y aún de varias semanas; pero la férrea voluntad de los señores Lussich surgía más potente después de momentáneas crisis, y se volvía al trabajo con ardor confiando en que el éxito coronaría tantos afanes.

Y así fué. El día 1.º del actual el «Bellanoch» estaba á flote en toda su extensión, pudiendo advertirse casi en su centro una línea oblicua blanca que señalaba la parte del buque que había estado durante tanto tiempo debajo del agua empapada en un fondo de barro.

Los invitados á pisar de nuevo la cubierta de la ganarda nave, pudieron contemplar de cerca la enorme cantidad de mariscos fuertemente adheridos al herraje y maderamen, y la capa negruzca de algas marinas que recubría en su totalidad la mitad del «Bellanoch» desde el centro hacia la popa.

Las vistas que publicamos muestran el buque ya á flote, y la parte que por estar sumergida presenta más adherencias.

Con motivo de este salvamento, único en el mundo, ya que los buzos tuvieron que tapar el inmenso rumbo abierto al vapor haciendo un nuevo casco en una extensión de diez metros de alto por seis ó siete de ancho, recibió la casa Lussich innúmeras felicitaciones, á la que agrega la suya La ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA.



ras felicitaciones, á la que agrega la suya La ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA.

LAS REGATAS

Las organizadas recientemente en la Playa de los Pocitos, tuvieron gran éxito á juzgar por la enorme concurrencia que afluyó á aquel pintoresco paraje, y por el número de embarcaciones que en ellas tomaron parte.

Las vistas que nos es dable publicar demuestran cuantas fueron las familias asistentes y dan una idea, aunque pálida, del hermoso aspecto que á la fiesta daban las hermosas uruguayas con sus vaporosos trajes de verano.

Y si en el puente y en la playa era inmenso el gentío, muchas eran las familias que en elegantes embarcaciones y en incesante bullicio recorrían el trecho de mar frontero á la playa, poetizando aún



Fotografías de L. E. Odín, de Montevideo.

más con sus ágiles maniobras, y la franca alegría de tripulantes y pasajeros, la ya proverbial belleza de la Playa de los Pocitos, playa de ensueños y de amores para muchos de los habitantes de la ciudad hermana.

CANTARES

De mi casa á la tuya
hay gran espacio,
de tu casa á la gloria
no hay más que un paso.

A la puerta de tu casa
he de poner un letrero
que diga de esta manera:
«Por aquí se sube al cielo».

V. RUIZ DE AGUILERA.

AJUARES PARA NOVIOS

BENITO ALONSO

CAMISERO ESPECIALISTA

359 - CALLE FLORIDA - 359

BUENOS AIRES

JOSÉ MARIA DRAGO

† en Buenos Aires el 9 de abril

No por prevista causó menos dolorosísima impresión su muerte. Se le quería tanto; se reconocían en él tan relevantes cualidades; era tan culto, tan caballero y tan bueno, que la pena más honda se apoderó de sus amigos, que eran innumerables, cuando se supo su fallecimiento.



Minado su organismo por terrible enfermedad, luchó con ella largo tiempo hasta caer vencido. Diríase que adivinaba cuanto sufrirían sus deudos y sus amigos el día que él cerrara los ojos, y se empeñaba valientemente en retrasarles las horas de las angustias y del dolor.

Nuestro querido colega *La Nación* pierde en él á uno de sus más abnegados servidores; cuantos le trataron, un amigo noble y leal, y la sociedad argentina, á la que estaba vinculado por tradiciones de familia y personales méritos, un cumplido caballero, un hombre bueno en toda la extensión de la palabra, que de este mundo se fué dejando tan sólo simpatías.

Su entierro fué una imponente manifestación de duelo tanto por el número de coronas depositadas alrededor del féretro cuanto por la concurrencia, que fué mucha y selecta. Todos querían dar esta última prueba de cariño al amigo que nos abandonaba.

Paz en la tumba de José María Drago cuyo recuerdo acompañará siempre á los que tuvieron la fortuna de tratarle.

BIBLIOGRAFIA

CORAZÓN ENFERMO se titula la última obra de don Juan José Vélez, impresa en Córdoba y formando un volumen de más de 200 páginas.

El autor de *Rachas* no es un desconocido para el público lector argentino.

CORAZÓN ENFERMO que acabamos de leer con avidez, se recomienda por la brillantez de las descripciones y la riqueza del colorido.

Es un libro sano que logra hacer sentir y pensar; pero pensar hondo y sentir elevado. ¡Cuántas obras de éxito ruidoso no tienen la miga que ofrece la última producción de este literato cordobés!

Hemos recibido bajo durísima cubierta de poco oloroso cuero, un ejemplar de la *Guía Oficial Municipal del Jardín Zoológico*, y si aplaudimos el acuerdo de la Honorable Comisión Municipal ordenando la reimpresión de esta guía, por ser constante el aumento de los que visitan el Jardín Zoológico, muchas sus mejoras y valiosas sus nuevas adquisiciones, no podemos aplaudir en manera alguna que la obra resulte, en sus páginas impares la ilustrada reseña de aquel hermoso sitio de recreo, y en las páginas pares una guía casi completa de cuantas artes apelan á la publicidad para la colocación de sus productos. El carácter dado á la Guía, de «publicación oficial», y la seriedad de la Comisión Municipal, aconsejaban, ciertamente, colocar este «librito», como modestamente le llaman sus concesionarios exclusivos, fuera del ambiente mercantil que desde su cubierta respira. Los ingresos del Zoo, ingresos siempre crecientes, permitían probablemente la impresión, sin apelar al recurso que censuramos.

INCUBADORAS HUMANAS

Nació mucho antes de tiempo y nació como el mayor número de los siete-mesinos, con la menor cantidad de soplo vital. Era una llamita de tan tenue luz que el aire, al colarse por la rendija de de una puerta, podía apagarla. Para que peligrase más la existencia de aquella vida, nació en humilde hogar, y quedó la madre en gravísimo estado, y el padre obligado por su trabajo á salir diariamente en busca de dinero con que comprar alimentos y medicinas para la querida enferma.

Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

La Leche Antefélica ó Leche Candés.

Esta preparación, cuyo invento se remonta al año 1849, debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medical atemperada por proporciones rigurosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

1.º DOSIS BENIGNA

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (Véase la manera de emplearse), la *Leche Antefélica ó Leche Candés* es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretiene los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas, destruye los granos sin repercutirlos; disipa el solano, la rubicundez, las eflorescencias farináceas y fufuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante; conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

2.º DOSIS ESTIMULANTE

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la delicadeza de la epidermis), la

Leche antefélica ó Leche Candés destruye las efelides y el lentigo, manchitas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis.

Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escorcor y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco después la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una descamación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, la repetimos) es enérgico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas—afirmadas por observaciones medicales y consagradas por largos años de experiencia—que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la *Leche antefélica* contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

MANERA DE EMPLEARSE SEGÚN LOS CASOS

I. DOSIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR.—Agitar el frasco hasta que el líquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias farináceas ó fufuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empapar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE contra las PECAS ó LENTIGO.—Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de *Leche* vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la *Leche* en estado puro, y se humedecen, sin frotar, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad—1.º escorcor más ó menos vivo; 2.º ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión,—haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.



SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar: las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**, las **BRONQUITIS CRÓNICAS**.

L. PAUTAUBERGE, COURBEVOIE-PARIS y LAS PRINCIPALES BOTICAS. Desconfiar de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Contra el **ESTREÑIMIENTO** Y SUS CONSECUENCIAS: Jaqueca, Malestar, Pesadez Gastrica, etc. EXIJASE LOS VERDADEROS GRANOS de SALUD del **D. FRANCK**. En todas Farmacias.

HIERRO QUEVENNE Aprobado por la ACAD. de MEDICINA de PARIS. El más activo y económico, el único Hierro inalterable en los países cálidos. Cura: Anemia, Clorosis, Debilidad. Exigir el Sello de la "Union des Fabricants" 14, Rue des Beaux-Arts, PARIS.

RÊVE D'OSSIAN PERFUME PENETRANTE L. LEGRAND 11, PLACE de la Madeleine PARIS DE VENTA EN LAS BUENAS PERFUMERIAS

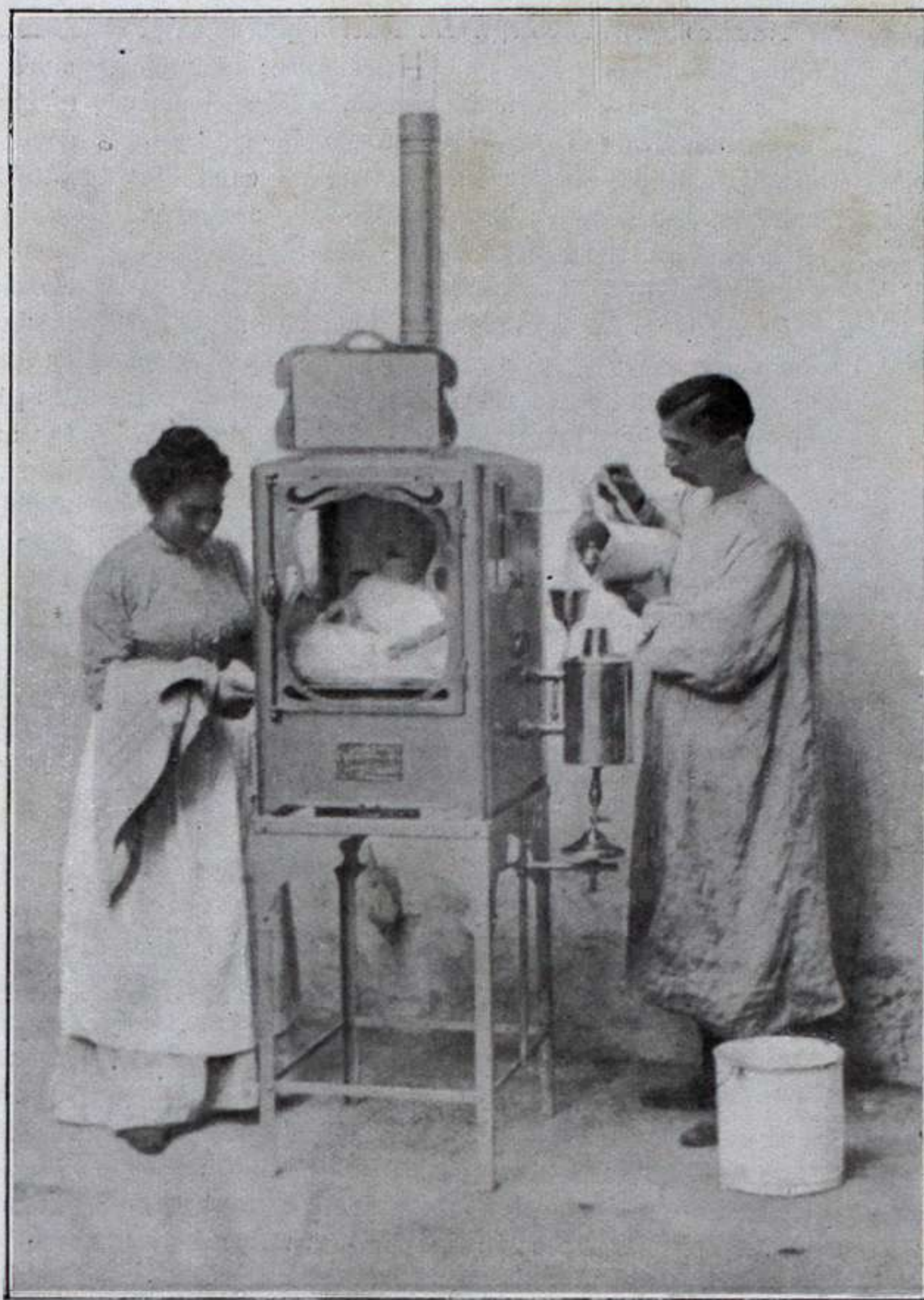
El recién nacido, al agitarse en una atmósfera que no le era apropiada, al alimentarse mal, ya que poco nutritivo debía ser el alimento elaborado en las angustias y la intranquilidad, comenzó a perder en peso. ¿Perder? ¡Pobre inocente! Si casi no tenía ya que perder.

Alguien hubo de participar a los padres la existencia de las incubadoras humanas y del establecimiento en que funcionan, y allí fueron con aquel pedazo de su alma, y allí lo depositaron en el limpio y elegante aparato que debía comunicarle la vida y robustez que le robaban el ambiente en que naciera.

El establecimiento a que nos referimos ha prestado en los pocos meses que lleva de creación, servicios como el que apuntado queda, rigurosamente histórico. Servicios doblemente de agradecer porque salva vidas humanas y las salva gratuitamente.

Cuando el público de Buenos Aires, no el público en general, los médicos y sobre todo nuestras damas presten al Establecimiento que nos ocupa, ellos el apoyo de su influencia científica y ellas la protección de su inagotable caridad, el «Centro técnico de Incubadoras» podrá dejar el modestísimo local que hoy ocupa en la calle Maipú n.º 320 y trasladarse a otro más amplio en armonía con la importancia de nuestra capital y los humanitarios fines que le dieron vida.

La caritativa Buenos Aires, la exis-



tencia de establecimientos de esta índole está de antemano asegurada: basta que se conozcan para que a ellos vuela el corazón argentino.

MONUMENTO A URQUIZA

En la intelectual y progresista Concepción del Uruguay ha nacido la idea de erigir un monumento al héroe de Caseros, al general D. Justo José de Urquiza, monumento que deberá alzarse en la propia ciudad ya que allí viera la luz el indicado general.

La simpatía con que por todos los centros políticos, sociales é intelectuales ha sido acogida la idea, demuestra, con la oportunidad de su lanzamiento, el éxito que indudablemente alcanzará la suscripción ya abierta.

Firman la circular en que se da cuenta del proyecto, un núcleo respetable de caballeros radicados en aquella simpática ciudad.

RECTIFICACION

La fotografía de la Sra. Díaz Riesco de Pacheco que apareció en la primera página de nuestro número anterior, no era, como equivocadamente se consignó, del Sr. O'Heffer de Santiago de Chile, sino del Sr. Allan, de Valparaíso a quien rogamos disculpe el error.

LA CRÈME SIMON

J. SIMON
PARIS

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS, BAZARES, PERFUMERÍAS Y MERCERÍAS

recuerda a sus bellas
clientes que continúa
SIN RIVAL

PARA
**SUAVIZAR
BLANQUEAR
y ATERCIOPELAR**
el cutis de la cara y
de las manos.

No emplear con ella
más que los
POLVOS de ARROZ
SIMON
Y EL
JABON SIMON

Irreemplazable para
aliviar las picaduras
: : de los insectos : :

Tos, Ronqueras, Males de Garganta
Resfriados, Gripe, Insomnio

JARABE Y PASTA
BERTHÉ

Agitación nerviosa, Jaqueca, Dolores de Estómago, Dolores de Vientro
en las señoras, y todos los Padecimientos indeterminados.

Eficacia atestiguada por numerosas observaciones médicas.
EXIJANSE: las FIRMAS de FUMOUGE-ALBESPEYRES y de BERTHÉ.

FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes; previene ó hace desaparecer los
Sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJANSE el NOMBRE de DELABARRE y el SELLO del ESTADO FRANCÉS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS.

LINO-TARIN

(Exigir: Mujer de 3 piernas)
Farmacias del Mundo entero
Pone libre el cuerpo. Cajita 1 fr. 30 c.

Procura:
Salud, Frescor, Belleza. Paris
TODO CICLISTA ha de
hacer uso del **LINO-TARIN**. MARCA DE FABRICA

EPILEPSIA, ENFERMEDADES NERVIOSAS
Curación á menudo
Mejoría siempre con las
GRAJEAS GÉLINEAU
MOUSNIER, en Sceaux (Seine).

EXIJAN Vds.
sobre cada PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las
PILDORAS
Purgativas y Depurativas
del Doctor
DEHAUT
se toman
al comer.

Ningún Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS
puesto que son
las más activas.

VINO AROUD
CARNE
QUINA-HIERRO

Con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro, es un auxiliar precioso en los casos de **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**

102, Rue Richelieu, PARIS
TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

FERROCARRIL BUENOS AIRES Y ROSARIO

EMPALME EN TUCUMAN

ENTRE EL

F. C. C. N. y F. C. B. A. y R.



El rumbo más corto y rápido para las cargas á Estaciones al Norte de Tucumán y vice-versa, es por el nuevo empalme en el punto citado entre las líneas del F. C. C. N. y las del F. C. B. A. y R.

Los interesados deberán insertar en las cartas de porte: «Por Empalme Tucumán R.»

Para informes respecto á tarifas, etc., dirigirse á la Administración

Bmé. MITRE 299 esq. 25 DE MAYO, Buenos Aires

ó á los Jefes de Estación.

H. H. LOVEDAY

Administrador General

Ferrocarril Central Argentino

EL MEJOR RUMBO
ENTRE BUENOS AIRES Y CÓRDOBA

HORARIO DE TRENES

Se hace saber al público que hasta otro aviso regirá el siguiente horario de trenes:

Buenos Aires y Córdoba

BOLETO DE PRIMERA CLASE: PESOS 34.80 CAMA PESOS 2.50
SEGUNDA 20.90

LÚNES, MIÉRCOLES Y VIÉRNES

Salida de Retiro 4.10 p. m. llega á Córdoba 10.45 a. m. (Tren directo)

LÚNES MIÉRCOLES Y VIÉRNES

Salida de Retiro 7.30 a. m. llega á Córdoba 10.45 a. m. (Trasbordo vía Rosario)

TODOS LOS DÍAS

Salida de Retiro 9.30 p. m. llega á Córdoba 6.20 p. m. (Trasbordo vía Ludueña)

MARTES, JUÉVES Y SÁBADOS

Salida de Córdoba 2.00 p. m. llega á Retiro 8.00 a. m. (Tren directo)

DOMINGOS, MIÉRCOLES Y VIÉRNES

Salida de Córdoba 9.00 p. m. llega á Retiro 6.30 p. m. (Trasbordo vía Rosario)

TODOS LOS DÍAS

Salida de Córdoba 7.00 a. m. llega á Retiro 7.00 a. m. (Trasbordo vía Rosario)

Rosario y Córdoba

BOLETO DE PRIMERA CLASE: PESOS 19.80 CAMA PESOS 2.50
SEGUNDA 11.90

DIARIAMENTE

Salida de Rosario 7.20 a. m. llega á Córdoba 6.20 p. m.

LÚNES, MIÉRCOLES Y VIÉRNES

Salida de Rosario 10.00 p. m. llega á Córdoba 10.45 a. m.

DIARIAMENTE

Salida de Córdoba 7.00 a. m. llega á Rosario 5.50 p. m.

MÁRTES, JUÉVES Y SÁBADOS

Salida de Córdoba 2.00 p. m. llega á Rosario 11.55 p. m.

DOMINGOS, MIÉRCOLES Y VIÉRNES

Salida de Córdoba 9.00 p. m. llega á Rosario 8.45 a. m.

Por mas informes dirigirse á las oficinas de informes CALLE BARTOLOME MITRE esq. 25 de Mayo, Buenos Aires; CALLE SANTA FE 1070, entre calle San Martín y Libertad, Rosario; CALLE DEAN FUNES 40, Córdoba: Jefes de Estación y Superintendente de Tráfico ó en la Administración, Buenos Aires.

H. H. LOVEDAY

Administrador General

Buenos Aires, Mayo de 1904.

FERROCARRIL DE SANTA FE

TIENE COMBINADO CON LOS

FERRO-CARRILES

Central Argentino, Via Ludueña Buenos Aires y Rosario, Via Sorrento y Central Norte, Via San Cristóbal

EL TRANSPORTE RAPIDO DE LAS CARGAS

de ó á Buenos Aires y Rosario
á ó de Santa Fe, Tucumán, Salta y Jujuy

así como el transporte rápido de los vinos de las provincias de CUYO á las estaciones de las provincias de

Santa Fe, Tucumán, Salta y Jujuy

Via VILLA MERCEDES y VILLA MARIA S. F.

EN COMBINACIÓN CON EL

FERRO CARRIL ANDINO

TARIFAS REDUCIDAS

Servicio de trenes más rápidos entre

SANTA FE y ROSARIO

Viaje en cinco horas

INFORMES:

Santa Fe

Rosario

En la Administración

Calle SAN MARTIN 646

Buenos Aires

Calle Bartolomé Mitre

